

Conflicto entre  
los deberes

---

MODISMA

# MODISMO

DE

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABELLER

CON UN PRÓLOGO]

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 16—Precio: 2 reales  
(Contiene los pliegos 46 á 48)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID

**CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES.**

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

- EL LIBRO TALONARIO, comedia en un acto, original y en verso.  
LA ESPOSA DEL VENGADOR, drama en tres actos, original y en verso.  
LA ÚLTIMA NOCHE, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.  
EN EL PUÑO DE LA ESPADA, drama trágico en tres actos, original y en verso.  
UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE, comedia en un acto, original y en verso.  
CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)  
EL GLADIADOR DE RAVENA, tragedia en un acto y en verso, imitación.  
Ó LOCURA Ó SANTIDAD, drama en tres actos, original y en prosa.  
IRIS DE PAZ, comedia en un acto, original y en verso.  
PARA TAL CULPA TAL PENA, drama en dos actos, original y en verso.  
LO QUE NO PUEDE DECIRSE, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)  
EN EL PILAR Y EN LA CRUZ, drama original en tres actos y en verso.  
CORRER EN POS DE UN IDEAL, comedia original, en tres actos y en verso.  
ALGUNAS VECES AQUÍ, drama original en tres actos y en prosa.  
MORIR POR NO DESPERTAR, leyenda dramática original en un acto y en verso.  
EN EL SENO DE LA MUERTE, leyenda trágica original en tres actos y en verso.  
BODAS TRÁGICAS, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.  
MAR SIN ORILLAS, drama original en tres actos y en verso.  
LA MUERTE EN LOS LABIOS, drama original en tres actos y en prosa.  
EL GRAN GALEOTO, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.  
HAROLDO EL NORMANDO, leyenda trágica en tres actos y en verso.  
LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)  
CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES, drama en tres actos y en verso.

# CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES,

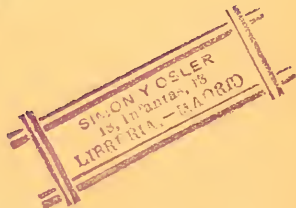
DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro ESPAÑOL, el 14  
de Diciembre de 1882.



MADRID.—1882.

IMPRESA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

*Calvario, n.º 18.*

PERSONAJES.

ACTORES.

DON JOAQUIN, padre de.....	SR. JIMENEZ (D. DONATO).
AMPARO.....	SRA. CONTRERAS.
RAIMUNDO, sobrino de.....	SR. CALVO (D. RAFAEL).
PRUDENCIO.....	SR. FERNANDEZ (D. M.).
DOLORES, hermana de.....	SRTA. GARCIA.
BALTASAR.....	SR. CALVO (D. RICARDO).
PEDRO, criado.....	SR. RIQUELME.

---

Año 18...—La escena en Barcelona.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de sonceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.


Queda hecho el depósito que marca la ley.

## À LOS ACTORES

*En prueba de admiracion y gratitud.*

*Ya que á su entusiasmo y á su talento debo la mejor parte del triunfo que mi drama ha obtenido, recobren por este público testimonio lo que en buen derecho les pertenece.*

*J. Echegaray.*



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill



---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon elegante. Gran puerta en el fondo. En primer término, á la derecha del espectador, una puerta; á la izquierda, en primer término un balcon; un velador y sillitas á la izquierda, á la derecha un sofá. Á la derecha, segundo término, otra puerta. Es de dia.

### ESCENA PRIMERA.

AMPARO en el balcon: D. JOAQUIN en el sofá.

JOAQUIN. Mucho vas á ese balcon,  
mucho miras hácia fuera:  
es al cielo y á sus nubes  
ó descendes á la tierra!  
Cuando el alma á lo exterior  
se asoma, y en él inquieta  
algo busca, sin saber  
lo que busca ó lo que anhela,  
es que siente por su mal  
un vacío, que ó se llena  
con la dicha, ó con el llanto  
que en él filtran las tristezas.

AMPARO. (Desde el balcon.)  
Qué dices, padre? no entiendo...  
De aquel celaje que incendia  
con postreras llamaradas

el sol en la azul esfera ;  
de la espléndida marina  
que ante Barcelona ostenta,  
en las olas blanca espuma,  
y en el cielo blanca niebla,  
los mil cambiantes seguía  
y admiraba la belleza.  
Estás triste? (Acercándose á su padre.)

JOAQUIN. Lo estás tú?

AMPARO. No, en verdad.

JOAQUIN. Pues quién pudiera  
llevar á mi corazon,  
Amparo, sombras ó nieblas,  
mientras brille la alegría  
en esa faz hechicera?

AMPARO. Los negocios.

JOAQUIN. Se traducen  
ó por ganancia ó por pérdida,  
y tal mi fortuna es hoy,  
que á sus cúspides no llegan  
ni caprichos del azar,  
ni asaltos de la pobreza.  
Ademas, en esta vida,  
tú sola, Amparo, me quedas,  
y aseguré para tí,  
hija mia, la opulencia. (Con orgullo.)  
Muchos años me costó!

(Con preocupacion creciente.)  
muchas batallas tremendas!  
noches con fiebre y sin sueño!  
dias de ansiedad inmensa!...  
á veces dudas!... á veces!...  
Pero, en fin, en la revuelta  
sociedad, y en esta lucha,  
que llaman hombres de escuela,  
y de saber positivo,  
*la lucha por la existencia,*  
fuí vencedor, y por fin,  
descanso bajo mi tienda.

AMPARO. Y respetado, y querido;  
con más honra que riqueza;  
con el amor de tu Amparo,

y tranquila la conciencia,  
que se puede de este modo  
llegar á viejo sin pena.  
Quiero decir, cuando llegues,  
que por ahora ni sospechas.

(Con mucho mimo.)

JOAQUIN. Dices bien, y yo lo afirmo: (Sombrio.)  
¡con más honra que riqueza! (Con energía.)  
que de aquella por un átomo  
pueden darse todas estas.

Yo habré sido alguna vez... (Preocupado.)  
rudo!... violento!... y me pesa!

Pero siempre con razon,  
contra injusticias ajenas,  
castigo de las traiciones,  
de mi familia en defensa!...  
bien lo sabe Dios! lo sabe!  
que Él en las almas penetra.

(Pausa: se queda meditabundo.)

AMPARO. Pues no pienses más en elio,  
si es que acaso en ello piensas.  
Mejor que tú no hay ninguno: (Abrazándole.)  
tan bueno... ¡muchos quisieran!  
pero no es posible, padre,  
que don Joaquin de Barrieta  
no tiene igual!... no, señor!...  
Si acaso... y esto es proeza  
insigne! podrá llegar  
á donde mi padre llega,  
Raimundo.

JOAQUIN. Raimundo? (Mirándola fijamente.)

AMPARO. (Algo confusa y volviendo el rostro.) Digo  
esto, porque tú ponderas  
su carácter... su virtud...  
su talento... su nobleza...  
Y porque todos lo dicen...  
(Cada vez más cortada.)  
y porque dió siempre pruebas  
de ser un alma... Y en fin,  
lo digo como dijera  
otra cosa. Pero en suma,  
(Volviendo á abrazar á su padre.)

yo siempre vuelvo á mi tema:  
como mi padre ninguno,  
ni nadie que más le quiera  
que esta niña caprichosa...

JOAQUIN. Que es gloria de su existencia.

Pero el elogio que hiciste  
de Raimundo, no me pesa.

(Separándola un poco y observándola atentamente.)

Mi modesto secretario  
es, con toda su pobreza,  
¡un Creso! por los tesoros  
que dentro del alma lleva.

AMPARO. Verdad que sí. (Sin poder dominar su alegría.)

JOAQUIN. Tú lo has dicho.

AMPARO. Yo lo dije y tú lo apruebas.

## ESCENA II.

AMPARO, D. JOAQUIN, PEDRO por el foro.

PEDRO. Don Joaquin..

JOAQUIN. Que quieres, Pedro.

PEDRO. Vino un señor y se empeña  
en que ha de hablar con usted.

JOAQUIN. Le conoces?

PEDRO. Sí: por señas,  
que en casa de don Raimundo  
le he visto. Nada, no yerra  
mi memoria: debe ser  
su tío, ó le anda cerca.

AMPARO. De Raimundo!

JOAQUIN. Di que pase.

PEDRO. Al momento. (Sale por el foro.)

AMPARO. Tú sospechas,  
qué podrá ser?

JOAQUIN. No en verdad.

Él viene...

AMPARO. Adios.

JOAQUIN. Adios.

(Sale Amparo por la puerta de la derecha, primer término, preocupada y mirando hácia el fondo: don Joaquin le acompaña.) Esta

visita...

AMPARO. Es extraña...  
JOAQUIN. En fin  
veremos lo que nos cuenta. (Sale Amparo.)

### ESCENA III.

D. JOAQUIN, D. PRUDENCIO por el fondo

PRUD. Pues señor, si bien me fundo  
(Ap. desde el fondo.)  
ya estoy metido en la red:  
con que valor.

JOAQUIN. Pase usted.  
(Levantándose y afectuosamente.)

PRUD. Soy el tío de Raimundo.

JOAQUIN. Muy señor mío.

PRUD. Yo siento  
molestar... (Avanzando con cierta timidez )

JOAQUIN. De ningún modo.

PRUD. Pero quisiera...

JOAQUIN. Ante todo  
sírvasse tomar asiento.  
(Pausa. Se sientan ambos; despues se observan por  
algunos instantes.)

PRUD. Muy bondadoso parece. (Ap.)  
(Nueva pausa.)  
Necesitamos su amparo.

JOAQUIN. Explíquese sin reparo  
y diga qué se le ofrece.

PRUD. Conociendo su bondad, (Animándose.)  
á usted, señor, nos volvemos;  
porque, don Joaquin, nos vemos,  
por virtud ó terquedad  
de Raimundo, en situacion  
tan difícil y apurada,  
que considero excusada  
cualquiera ponderacion.  
Nos abandona el ingrato!

JOAQUIN. Quién? Raimundo!

PRUD. Claro está.

JOAQUIN. ¿Qué, se nos marcha? (Con gran sorpresa.)

- PRUD. Se va...  
de España! y en su arretrato  
sin compasion nos inmola.
- JOAQUIN. Pero á dónde? (Con afañ.)
- PRUD. Don Joaquin,  
ni él lo sabe. Pero en fin,  
á la América española.
- JOAQUIN. Por qué?
- PRUD. Dice, que le pesa  
la miseria y le importuna;  
que quiere probar fortuna;  
pero la razon no es esa.  
Ya ve usted qué frenesí!  
dejar á su madre anciana,  
y á Clara, casi su hermana,  
y que más, dejarme á mí!
- JOAQUIN. Pero qué? les abandona  
por completo?
- PRUD. No señor,  
nos mantendrá, que en rigor  
Raimundo es buena persona.  
Pero quién el porvenir  
asegura en tales casos?  
hay peligros... hay fracasos...  
¡y si llegase á morir!...  
Él de nosotros cuidó,  
como es justo, cosa clara.  
Si de pronto nos faltára  
sin él ¿qué me iba á hacer yo?
- JOAQUIN. (Mirándole con cierto asombro y sonriendo.)  
Pues me parece que usted  
tiene edad á lo que advierto...
- PRUD. No señor; soy hombre muerto.  
Si él nos falta no hay merced.  
(Con profunda conviccion de su inutilidad y con  
el más natural egoismo. Pausa: D. Joaquin le ob-  
serva sonriendo.)  
Mi educacion fué esmerada,  
pero el mundo es un abismo.  
Abandonado á mí mismo  
yo no sirvo para nada.  
Y Raimundo obligacion

tiene de cuidar de mí,  
y de mi niña, eso sí, (Con mucha energía.)  
sobre eso no hay discusion.

JOAQUIN. No la habrá

PRUD. Bien se concilia  
con su deber mi derecho.  
Don Joaquin, esto es un hecho.

JOAQUIN. Sí un secreto de familia...

PRUD. Yo era rico: gran caudal:  
millones de mi mujer.  
Pero no quise entender  
en su manejo. El metal  
es bueno para tenerlo,  
y es bueno para gastarlo,  
más si es preciso cuidar  
es cosa de aborrecerlo.  
Á Gaspar se le confió,  
que era el padre de Raimundo,  
y por fin, cosas del mundo,  
mi hermano me lo perdió.  
Murió de pena, esto es fijo:  
de pena y remordimiento:  
era hombre de gran talento,  
mas tan loco como el hijo.  
Luégo es de toda evidencia,  
y Raimundo lo conoce,  
que debe pagar, —y es goce  
para un hombre de conciencia, —  
esta deuda que contrajo  
su padre en hora menguada,  
dándonos pan y posada  
á costa de su trabajo.

(Se queda mirando con expresion triunfante á don  
Joaquin.)

No es esto?

JOAQUIN. Bien podrá ser.

PRUD. Es claro como la luz.  
Conozco que es una cruz;  
pero yo qué le he de hacer?

JOAQUIN. El cumple ..

PRUD. No lo bastante.

JOAQUIN. No comprendo...

- PRUD. Bien mirado...
- JOAQUIN. Raimundo es un hombre honrado.
- PRUD. Pero muy extravagante.  
Tuvó más de una ocasion  
de hacer caudal en la vida;  
pero siempre prevenida  
su perversa condicion,  
contra toda coincidencia  
favorable, busca ansioso  
algun nuevo y primoroso  
escrúpulo de conciencia;  
y con él y su importuna  
exagerada honradez,  
una y otra y otra vez  
cerró el paso á la fortuna!  
No se arrepiente jamás,  
y cada cual en su tanto,  
él gana plaza de santo,  
de mártires los demas.
- JOAQUIN. Más le encomia que censura,  
quien tal defecto le achaca.  
Si Raimundo siempre saca  
su virtud íntegra y pura  
merced á esfuerzos honrados,  
gana...
- PRUD. La eterna salud.  
Pero con tanta virtud  
nos tiene sacrificados.
- JOAQUIN. Lo primero en esta vida (Con severidad.)  
es el deber.
- PRUD. Lo segundo  
es pensar que en este mundo  
todo tiene su medida.  
Yo soy de esta condicion.  
Soy pacífico y prudente:  
me voy donde va la gente,  
y odio la exageracion.
- JOAQUIN. Excesos de la honradez  
(Con hondo sentimiento y hablando más para sí  
que para su interlocutor.)  
pueden al pronto dañar,  
pero no suelen sobrar



cuando llega la vejez:  
cuando se abate el más fuerte,  
y lo pasado desvela,  
y la sangre se congela  
y va llegando la muerte.  
En cambio un solo delito,  
natural, justo quizás,  
don Prudencio, pesa más  
que una losa de granito.

(Queda sombrío y pensativo: D. Prudencio le observa con curiosidad.)

PRUD. Claro!... vivir en un potro...  
es vivir... porque en rigor...  
(Sin saber lo que dice.)  
el pasado... (Pues señor, (Ap.)  
es tan loco como el otro )

Y ahora, si usted me permite  
volveremos á mi tema.  
(Se recobra D. Joaquin y le indica que siga.)

Si su bondad que es extrema  
consiente que solicite  
su valiosa proteccion...

JOAQUIN. Desde luego y para todo;  
pero ignoro de qué modo...

PRUD. Con una resolucion  
muy sencilla. Sucursales,  
porque al negocio conviene,  
su casa de banca tiene  
en diversas capitales;  
pues le manda de contado,  
fingiendo cualquier pretesto,  
á una de ellas, y con esto  
ya queda todo arreglado.

JOAQUIN. Si el motivo no menciona,  
é no lo pone á mi alcance...

PRUD. Lo que él quiere á todo trance  
es salir de Barcelona.

JOAQUIN. Cuál la causa?

PRUD. . Una mujer:  
una amorosa manía:  
en fin, una tontería,  
á lo que pude entender.

Anoche le sorprendí:  
entré en su cuarto de pronto:  
vamos, señor, que es un tonto  
el pobre chico. (Pequeña pausa.)

Le ví, (Con acento de burla.)

los codos sobre la mesa,  
la cabeza entre las manos,  
y en horizontes lejanos  
la vaga mirada impresa.  
Los libros por los rincones,  
los papeles por las sillas,  
por sus pálidas mejillas  
dos soberbios lagrimones.  
En la mesa, con recato,  
como objeto favorito,  
todo el cuerpo del delito,  
quiero decir, un retrato.  
Algun beso en el carton,  
algun ademan violento,  
muchos suspiros al viento,  
y algun grito de pasión.  
Un cuadro, en fin, casi bufo  
se me metió por los ojos,  
entre los destellos rojos  
de un quinqué con mucho tufó.

JOAQUIN. Y él entónces?... (Riendo.)

PRUD. Confesó

lo que quiso confesar.  
Algo le pude sacar:  
ménos el nombre! eso no,  
Parece que ella es muy rica,  
de clase muy elevada:  
y mire usted qué bobada,  
ni aun ha probado si pica  
en el cebo del amor!  
porque si él con buenos modos...  
¡qué fortuna para todos!  
boda, riqueza y honor.

JOAQUIN. Así le dijo?

PRUD. Es verdad:  
así mismo. Yo le quiero,  
y para mí lo primero...

claro, su felicidad.

JOAQUIN. Y él?

PRUD. Pues él perdió la calma,  
y con expresion bravía  
me dijo, que él no ponía  
en pública venta el alma.  
Vender el alma! tambien  
es del caso que me acuse!  
si lo que yo le propuse  
fué tan sólo por su bien!  
pero unas veces adusto,  
y otras severo y altivo.  
siempre ha de encontrar motivo  
para darme algun disgusto.

JOAQUIN. Y el retrato pudo ver? (Con interés.)

PRUD. Ya lo creo. (Con malicia.)

JOAQUIN. Y es?...

PRUD. Preciosa!

Con todo, fué más hermosa  
mi difunta... mi mujer.

## ESCEÑA IV.

D. JOAQUIN, PRUDENCIO, AMPARO por la -  
recha.

AMPARO. Perdonen...

(Deteniéndose sorprendida ó fingiendo sorpresa.)

PRUD. Caso mas raro!...

(Levantándose con sorpresa verdadera.)

JOAQUIN. Esa sorpresa?... (Á Prudencio.)

PRUD. No es nada. (Reponiéndose.)

(Ap) (Casualidad endiablada!)

JOAQUIN. (Presentando uno á otro.)

Don Prudencio... Mi hija Amparo.

AMPARO. Ví venir desde el balcon  
á Raimundo...

JOAQUIN. Ya.

AMPARO. Y tenía  
que enterarme si traía...  
un encargo. Y al salon  
creyendo que estaba solo

mi padre... pero me iré  
si estorbo.

JOAQUIN. No. quédate.

PRUD. (Ap.) (Está visto, soy un bolo.)  
No quisiera que el muchacho...  
(Ap. á D. Joaquin.)  
porque si me vé, barrunto ..

JOAQUIN. (Alto á Amparo.) Para tratar de un asunto,  
nos vamos á mi despacho.  
(D. Joaquin y Prudencio se dirigen á la puerta  
de la derecha, segundo término.)

PRUD. (Ap.) (Aquí me valga mi ingenio.  
Aunque no sé si me pese.)  
No quisiera que supiese...  
(Ap. á D. Joaquin.)  
porque el chico tiene un génio!

JOAQUIN. (Desde la puerta del despacho á Amparo que ha  
quedado en primer término junto á la mesa de la  
izquierda.)  
Despidete de Raimundo.

AMPARO. Se va? (Con sorpresa.)

JOAQUIN. Nos deja el traidor,  
segun dice este señor.

AMPARO. Muy léjos? (Con angustia mal contenida.)

JOAQUIN. Al nuevo mundo.

PRUD. Señorita... (Despidiéndose.)

JOAQUIN. Por aquí...  
(Levantando la colgadura.)

PRUD. (Es muy mona!...) (Ap.)

AMPARO. Caballero...  
(Inclinándose maquinalmente.)

PRUD. (Ap.) (Y tiene mucho dinero.)  
(Sin poder dejar de mirarla.)

JOAQUIN. (La conocía usted?) (Ap. á Prudencio.)

PRUD. Sí.

Estoy pensando hace rato...  
que la he visto...

JOAQUIN. Claro está.

PRUD. Pero no sé donde.

JOAQUIN. Ya.

PRUD. Usted sabe?...

JOAQUIN. En el retrato.

(Prudencio le mira con fingida confusion, D. Joaquin rie bondadosamente y ambos salen.)

## ESCENA V.

AMPARO, despues RAIMUNDO.

AMPARO. (Dejándose caer en una silla, al lado del velador y sin poder dominar su llanto.)

Nos deja!... nos deja!... es claro!...  
si esto ya lo presumía!  
no me quiere!... Virgen mia!  
Raimundo!... Raimundo! (Llorando.)

RAIM. (Llegando sin que ella le sienta.)

Amparo!...

Qué tiene usted? por qué llora?  
¿qué desgracia?... qué afliccion?  
Hable usted por compasion!  
la impaciencia me devora!

AMPARO. Si no tengo nada.

(Secándose el llanto y con cierto enojo.)

RAIM. Cómo?...

AMPARO. Como que no tengo nada.

RAIM. Alguna pena?...

AMPARO. (Esforzándose por sonreir.) Bobada!  
Penas! desgracias!... ni asomo!

RAIM. Será verdad?

AMPARO. Ya lo he dicho.

RAIM. Su llanto lo está negando.

AMPARO. Es que yo de cuando en cuando  
suelo llorar por capricho.

Ó es que quiere usted tambien  
(Con mal humor de niña.)

privarme de este consuelo?

Señor!... que no hay en el suelo,  
para atormentarme, quien  
haga alarde de más saña,  
ni ponga mayor cuidado!

RAIM. Pero cómo?...

AMPARO. Y es probado  
que se da usted buena maña.

RAIM. Mas si el llanto es puro antojo!...

- AMPARO. Puro antojo, ya lo digo.  
RAIM. Por qué se enoja conmigo?  
AMPARO. Mucho le importa mi enojo.  
RAIM. Con él, Amparo, no hay goce posible.  
AMPARO. Quién lo diría!  
RAIM. Y es sombra toda alegría.  
AMPARO. Pues qué poco se conoce!  
(Pausa. Raimundo queda triste y abatido, y dobla la cabeza sobre el pecho: Amparo le observa con atención.)  
No sigue usted?  
RAIM. Para qué?  
AMPARO. Para calmar mis enojos.  
RAIM. Ya se han secado sus ojos y todo una broma fué!  
AMPARO. Una broma!... pero buena! como nuestra... como mía. (Con tristeza.)  
RAIM. Sin embargo... yo querría...  
AMPARO. Mi perdon? Vale la pena?... Para qué desenojarme? Mi enojo es ruin contratiempo. Le queda tan poco tiempo de sufrirme y de aguantarme!  
RAIM. No comprendo?... (Con sorpresa.)  
AMPARO. Tienen alas las noticias: pues apenas! qué pesadas si son buenas! qué veloces si son malas!  
RAIM. Supone usted?... pero quién?... (Acercándose con ansiedad.)  
AMPARO. Quien contó su desvarío. (Refiriéndose al de Raimundo.)  
RAIM. Cómo es posible, Dios mio!  
AMPARO. Conque hipócrita también?  
RAIM. Le han dicho?  
AMPARO. Con frase breve me dijo papá: «se aleja...» «se va por siempre...» «nos deja...» Niéguelo usted si se atreve. (Casi llorando.)  
RAIM. Y era por esa razón (Con suprema alegría.) su llanto?

AMPARO. Qué presuntuoso!

RAIM. No es ese el nombre ¡dichoso!  
eso grita el corazón.

AMPARO. Como usted es incapaz  
de sentir!... Tiene una calma!  
(Llorando otra vez.)

RAIM. Si sabe sentir el alma  
que se lo diga mi faz!

(Acercándose á ella con pasión y sin poder dominarse. Ella poco á poco deja de llorar y le mira gozosa, sonriendo con malicia.)

Mi carácter es de acero;  
yo sé vencer mis pasiones;  
pero en ciertas ocasiones  
ni lo logro ni lo quiero.  
Pensé marcharme de aquí  
cumpliendo con mi deber,  
sin quebrantar ni romper  
el silencio en que viví.  
Pero miro ese dolor,  
de ese llanto el limpio borde,  
y es preciso que desborde  
el torrente de mi amor.  
Yo me resigno á no verla,  
tengo valor para huirla,  
pero yo quiero decirle,  
que pierdo el alma al perderla.  
Mi herida crecerá más:  
nunca será cicatriz:  
quizá usted será feliz:  
yo no lo seré jamás!  
Mientras la dicha le arruye,  
olvideme usted, Amparo;  
pero si se extingue el faro  
de toda esperanza, y huye  
su pobre bajel velero  
por golfo negro y traidor,  
recuerde que su dolor  
en mí tiene compañero;  
y que por rudo y bravío  
que en usted, Amparo, fuera,  
¡le lleva gran delantera

- y es mucho mayor el mio!
- AMPARO. Está bien y eso es querer...  
por lo ménos es pintar,  
como se debiera amar.  
Mas no logro comprender,  
por más que encierro en un potro  
todo mi ingenio, Raimundo.  
que estando yo en este mundo,  
quiera usted marcharse al otro.  
Yo su talento proclamo!  
me declaro torpe y terca!  
pero quiero tener cerca  
las personas á quien amo.  
Y en este supremo instante  
discurrimos, es corriente,  
usted cual sabio eminente,  
yo como niña ignorante.  
Le dejo su parecer,  
su amoroso frenesí,  
y me quedo para mí  
con mi modo de querer.
- RAIM. Esa ilusion peregrina!...  
ese cielo luminoso!... (Con pasion )  
es horizonte engañoso  
que se va con la neblina. (Con desaliento.)  
Discurriendo sin pasion,  
acallando al sentimiento,  
piensa usted por un momento  
que aceptaría esta union  
su padre de usted, Amparo?  
Ustedes en la eminencia!  
y yo tan bajo!... Demencia!
- AMPARO. No fuera el caso tan raro.
- RAIM. Fuera lo que siempre ví (Con creciente energía.)  
en casos de tal porfia:  
para usted la rebeldía  
y la infamia para mí.  
De un padre la autoridad  
por usted menospreciada,  
y como pasto arrojada  
á todos mi dignidad.  
De la gente á la malicia



mostrándose mi pasión,  
con visos de seducción  
y remates de codicia.  
Cuanto más mi pena ahondo,  
más con su crueldad me exalto!  
Están ustedes muy alto,  
y yo voy muy por el fondo.  
Lo quiso así nuestro sino;  
ni esperanza, ni consuelo:  
¡entre el abismo y el cielo  
sólo el rayo abre camino!  
no se debe vacilar:  
ha de ser, lo que ha de ser:  
á cumplir yo mi deber,  
usted, Amparo, á llorar. (Con cierta dureza.)  
Que ese llanto derramado,  
por esos ojos de gloria,  
será divina memoria  
que se lleve el desterrado.  
(Amparo cae llorando en el sillón. Raimundo le  
coge la mano, la besa y se prepara á salir.)

## ESCENA VI.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN en la puerta del  
despacho.

JOAQUIN. Con qué derecho, Raimundo,  
(Con fingida seriedad.)  
hace usted llanto verter  
á mi Amparo, que es el ser  
que amo yo más en el mundo?  
Qué pena, qué desengaño,  
que nunca en su padre halló  
la pobre niña encontró  
en la crueldad de un extraño?  
El cariño que á usted dí,  
la amistad que le confié,  
esta casa en donde fué  
casi un hijo para mí,  
¿merecen que así nos hiera?  
Bien, Raimundo, se percibe  
que favor que usted recibe

- lo paga de igual manera.  
RAIM. (Confundido, triste, pero digno.)  
Esa acerba acusacion  
la merezco y no me excuso.  
Confieso, señor, que abuso  
de su bondad, y es razon  
que á mi negra ingratitud  
yo mismo imponga castigo:  
el que va, señor, conmigo  
bien iguala en magnitud  
á sus más fieros enojos,  
y al delito que ocultaba, (Con amargura.)  
sin notar que se escapaba  
por el cristal de los ojos.  
Tiempo, ausencia entre los dos!...  
(Señalando á Amparo.)  
El olvido no es avaro!...  
Adios para siempre, Amparo!  
Adios, don Joaquin, adios!  
(Se dirige lentamente á la puerta del fondo: don Joaquin se acerca á Amparo.)
- JOAQUIN. Bien está por el remedio,  
y bien por el sacrificio! (Dulcificando el tono.)  
Si tuviese usted más juicio,  
más confianza y menos tedio,  
notára usted, vive Dios,  
que ha con seguido encontrar  
la manera de labrar  
la desdicha de los dos.  
Y de los tres no decía,  
porque en mí nunca reparo,  
y ante la dicha de Amparo,  
poco importa de la mia.
- RAIM. No comprendo lo que dice!  
(Deteniéndose y mirando desde léjos á D. Joaquin con asombro.)
- AMPARO. Yo adivino lo que piensa.
- JOAQUIN. Qué hacemos de nuestra ofensa?  
(Con tono entre burlon y bondadoso.)  
Piensa usted que yo autorice  
su fuga y su impunidad?
- RAIM. Pues qué hacer?

- JOAQUIN. No lo adivina?  
la cosa más peregrina!  
qué hacer?... Su felicidad.  
(Señalando á Amparo.)
- RAIM. Don Joaquin, por compasion!...  
(Volviendo al primer término.)  
no me atrevo á comprender...  
¡si es burla!...
- AMPARO. No puede ser!  
(Levantándose y cogiéndole las manos á su padre.)
- JOAQUIN. Tengo cara de burlon?
- RAIM. Luego es verdad!
- JOAQUIN. Y es torpeza  
no entender lo que le explico.  
Está visto que este chico  
(Á Amparo cariñosamente.)  
ha perdido la cabeza.
- RAIM. De manera?... (Con ansía.)
- JOAQUIN. Que es merced  
si usted me entiende.
- AMPARO. Yo sí. (Con alegría.)
- JOAQUIN. Pues claro, siempre creí  
que era más lista que usted.
- RAIM. Me tienen mis desventuras  
de tal modo acostumbrado,  
que jamás he sospechado  
ni contentos, ni venturas.  
Siempre acudo como reo,  
áun sin serlo, á donde acudo:  
las desgracias no las dudo,  
las dichas nunca las creo,  
y por eso la verdad  
pido desnuda y patente:  
ó yo me vuelvo demente,  
ó hable usted con claridad.
- JOAQUIN. Quiere hacernos el favor  
de casarse con Amparo?  
si no está bastante claro  
no sé decirlo mejor. (Amparo se abraza á él.)
- RAIM. Qué es esto!  
(Oprimiéndose la cabeza entre las manos y sin dar  
crédito á tanta dicha.)

- JOAQUIN. Aunque no le cuadre,  
si al fin lo pudo entender,  
esto es tener ya mujer,  
(Presentándole á su hija.)  
y ademas un suegro. (Presentándose.)
- RAIM. Un padre!  
(Se precipita en sus brazos. Pausa. Momentos de expansion.)  
Yo soy pobre...  
(Todavía entre los brazos de D. Joaquin y con voz ahogada.)
- JOAQUIN. Yo soy rico:  
natural compensacion.
- RAIM. Y qué dirá la opinion?...
- JOAQUIN. Eso ya no me lo explico.  
(Separándose de Raimundo.)  
La quiere con honradez?
- RAIM. La quiero con toda el alma.
- JOAQUIN. Recobre entónces su calma  
y muestre á todos su tez:  
lo demás fuera demencia.  
Las manchas sobre la frente  
nunca las pone la gente,  
que vienen de la conciencia.
- RAIM. Es verdad!... seré dichoso!  
dichoso!... y ella!... mi Amparo!...  
si no es posible!
- AMPARO. Declaro  
que un sabio más caviloso  
ni hubo, ni hay, ni puede haber!
- RAIM. Si ya le creo.  
(Á Amparo refiriéndose á D. Joaquin.)
- JOAQUIN. Por fin!
- RAIM. Mas verá usted, don Joaquin,  
que al cabo no puede ser.  
No importa, sea ó no sea;  
logre ó no logre mi afan;  
ya me arrastre el huracan,  
ya goce la luz febea  
entre la turba dichosa,  
y al fin encuentre mi anhelo  
algún pedazo de cielo,

yo le prometo una cosa.  
Que en tanto que exista unida  
al cuerpo el alma en mi ser,  
si puedo, con mi poder,  
si no puedo, con mi vida,  
con la fuerza de mis brazos,  
con la sangre de mis venas,  
con mis dichas, con mis penas,  
atando ó rompiendo lazos  
sin compasion ni merced,  
seré, señor, por entero,  
hijo, amigo, compañero,  
no, más!... esclavo de usted!

JOAQUIN. Eres en todo extremado.

AMPARO. En eso tiene razon.

JOAQUIN. No mas exageracion:  
dicho, y hecho, y acordado.

RAIM. Fué usted, señor, en el mundo,  
el único, desde niño,  
en quien encontró cariño  
este mísero Raimundo.  
Me lo está gritando aquí  
el corazon de mil modos.  
Cuando á usted le falten todos ..  
¡acuérdesse usted de mí!

## ESCENA VII.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN, PEDRO por  
el fondo.

JOAQUIN. Qué quieres, Pedro?

PEDRO. Señor...

JOAQUIN. ¿Me buscan?

PEDRO. Otra visita.

JOAQUIN. ¿Quién es?

PEDRO. Una señorita.

Digo... haciéndola favor;  
porque viene tan humilde!...  
tan pobre! mejor dijera.  
En fin, como si lo viera,  
y no es porque yo la tilde,  
mas pedigüeña parece.

JOAQUIN. Y pretende ver?...

PEDRO. Es claro,  
á la señorita Amparo.  
La despido?

AMPARO. No. Merece  
de seguro compasion.  
Dile que pase al momento. (Sale Pedro.)

## ESCENA VIII.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN.

AMPARO. Esta alegría que siento  
rebosar del corazon,  
como no sentí jamás,  
pues álguien la necesita,  
me parece obra bendita  
partirla con los demas.

JOAQUIN. Dices bien. Adios. (Á su hija.)  
Adios. (Á Raimundo.)

Y á esa infeliz que os espera,  
á ver si encontrais manera  
de amparar entre los dos.

RAIM. Don Joaquin... (Estrechándole las manos.)

JOAQUIN. Basta: silencio.

Despues comeremos juntos.

Ahora tengo unos asuntos,  
con un señor don Prudencio!

(Sorpresa muda de Raimundo. D. Joaquin le da  
una palmada en el hombro y sale por la derecha,  
riendo bondadosamente.)

## ESCENA IX.

AMPARO, RAIMUNDO, despues DOLORES por el  
fondo y vestida de negro.

RAIM. Amparo!... Amparo!... (Con pasion.)

AMPARO. Y el viaje?

RAIM. Al cielo! pero contigo.

(Aparece en el fondo Dolores y se detiene con ti-  
midez.)

AMPARO. Basta. Tenemos testigo.

- RAIM. (Pobre niña!) (Ap.)
- AMPARO. (Ap. Pausa.) (Humilde traje.)  
Acérquese sin temor. (En voz alta.)
- DOLORES. Siempre hermosa como un cielo!
- AMPARO. Esa voz!... esa mirada!...
- DOLORES. Ya me olvidaste?
- AMPARO. Ese acento!...
- DOLORES. Pero mi nombre? Mi nombre  
se borró de tus recuerdos!
- AMPARO. No, mi Dolores! (Abriéndole los brazos.)
- DOLORES. Amparo!  
(Se abrazan con infantil expansion.)
- AMPARO. Cuánto tiempo!
- DOLORES. Cuánto tiempo!
- AMPARO. Otro abrazo, niña mía.
- DOLORES. Otro abrazo y otro beso.
- AMPARO. Tú, linda como un arcángel.
- DOLORES. Tú, bella como un lucero.
- AMPARO. Hace ocho años!
- DOLORES. Si no es más!
- AMPARO. Tú saliste del colegio...
- DOLORES. Un año despues que tú,  
que fué un siglo!
- AMPARO. (Riendo.) Ya lo creo.  
Pobre Lola!
- DOLORES. Pobre Amparo!  
Qué tristezas!... qué sucesos!
- AMPARO. Cuenta, cuenta: junto á mí  
tus penas tendrán consuelo.  
(La lleva al sofá: se sientan muy juntas y haciéndose muchos mimos. Raimundo á cierta distancia.)
- DOLORES. Tú, siempre tan cariñosa!
- AMPARO. Siempre soñando y queriendo.
- DOLORES. Pero nosotras hablando,  
(Reparando en Raimundo: este saluda inclinándose: Lola lo mismo.)  
sin ver que ese caballero...
- AMPARO. Es amigo de confianza.  
(Ap. á Lola.) (Y tiene mucho talento!)  
Abogado de gran nombre!  
(En voz alta: movimiento de Lola.)
- RAIM. (Ap.) (En cuanto tenga algun pleito.)

- AMPARO. Secretario de mi padre.  
(Ap. á Lola.) (Y su socio. Y es más bueno!)  
(Alto.) En fin, como de la casa.  
(No comprendes?) (Ap. á Lola con malicia.)
- DOLORES. (Ap. á Amparo ) (Ya comprendo.)
- RAIM. No quisiera ser estorbo (Aproximándose.)  
á expansiones y recuerdos...  
Si ustedes me dan su venia...
- AMPARO. Para qué?  
(Poco dispuesta á dejarle ir y con cierto tono de autoridad.)
- DOLORES. No: yo le ruego  
que se detenga un instante,  
y que escuche lo que tengo  
que referir á mi amiga;  
que necesito consejos,  
y si es abuso el pedirlos,  
fuera ventura obtenerlos.
- RAIM. Señorita, áun cuando yo  
poco valgo y nada puedo,  
desde ahora estoy á sus órdenes,  
y sus órdenes espero. (Inclinándose.)  
Que si es deber de mi oficio,  
desdichas, que aun no penetro,  
amparar, y como dama  
tiene ademas buen derecho,  
para acudir á quien es,  
aunque humilde, caballero;  
por ser amiga de Amparo  
más obligado me siento.
- DOLORES. Gracias.
- AMPARO. (Ap. á Dolores.) (Repara que amable!)  
Ah!... perdona!... no recuerdo  
si os he presentado: aguarda.  
(Levantándose y con solemnidad infantil.)  
Don Raimundo de Varnuevo.  
La señorita Dolores  
de Medina.
- DOLORES. (Á Raimundo.) Yo agradezco  
su bondad, y de mi Amparo  
me *amparo* si le molesto.
- AMPARO. (Volviendo á sentarse y cogiendo las dos manos á



Dolores.)

La historia de tus desdichas  
sin detenerte un momento!  
Lo que tardes en contarlas,  
eso no más tardaremos,  
en sentir las cual las sientes  
y en procurarles remedio.  
Y usted venga aquí, á mi lado:  
en esa silla y silencio.  
Escuche y discurra bien,  
apure usted su talento,  
que no sabe todavía  
lo mucho que yo la quiero.

(Todo esto acariciando á Dolores y haciendo que Raimundo se siente junto á ella. El órden de los personajes es, pues, de izquierda del espectador á derecha, el siguiente: Raimundo en una silla, Amparo y Lola en el sofá.)

Conque principia, Dolores.  
Te sacaron del colegio  
y te llevaron...

DOLORES. Á Cuba.

AMPARO. Ah!...

(Deteniendo á Lola y volviéndose á Raimundo.)

Su padre era un banquero  
de gran fortuna y gran nombre  
y de muchísimo crédito;  
y aún él y papá presumo,  
que íntimos amigos fueron.  
Digo esto para ponerle (Volviéndose á Lola.)  
en autos. Sigue tu cuento.

DOLORES. Llegué á Cuba, niña mia,  
que fué abisimo más que puerto,  
que en la Habana, á mi esperanza  
echaron sayal de duelo.  
Mi madre muerta: mi padre  
arruinado, ó poco ménos.  
Malos negocios, y quiebras,  
y qué sé yo, que no entiendo  
de estas cosas, á su casa  
á tal situacion trajeron,  
que abandonó los asuntos,

dió por perdido su crédito,  
y de todos sus caudales,  
un millon, mezquino resto  
de la pasada opulencia,  
con trabajo recogiendo  
estaba el pobre... ¡Dios mio!...

(Acongojándose.)

ya preparado y dispuesto,  
en cuanto llegase yo  
á dejar el patrio suelo,  
buscando nuevo horizonte  
y tomando rumbos nuevos.  
Pero hay niña. que por algo  
nombre de Dolores llevo,  
y ni me deja mi nombre,  
ni con él me dejan ellos!

AMPARO. Es más buena! (Á Raimundo.) Pobrecilla!  
No sabes cuánto te quiero!

DOLORES. La víspera de llegar...  
¡mira el destino que negro!...  
al despacho de mi padre  
un hombre con gran misterio  
hizo que le condujesen ..  
¡se trataba de un secreto!...  
Lo que pasó no se sabe:  
hubo lacha y quedó muerto  
mi pobre padre! ¡Ay Amparo!  
salté á tierra sóio á tiempo,  
de dar un beso al cadáver,  
y de ver salir su entierro!

(Oculta el rostro entre las manos y llora.)

AMPARO. Pobre Lola! seca el llanto: (Consolándola.)  
mira, juntas viviremos:  
si perdiste una familia,  
otra familia te ofrezco:  
haz cuenta, niña adorada,  
que estamos en el colegio,  
sin deberes ni lecciones,  
sin exámenes ni encierros.  
Ya verás cuánta alegría!  
Y usted qué dice? (Á Raimundo.)

RAIM.

Yo apruebo

que al ángel de los dolores,  
el ángel de los consuelos  
tienda sus brazos, Amparo,  
y oprima contra su pecho.

AMPARO. Está bien. (Á Raimundo.)

Y ahora concluye. (Á Lola.)

DOLORES. Perdona, niña, que empiezo.  
Quedamos mi hermano y yo  
solos, sin casa ni deudos:  
yo quince años y el catorce,  
en la miseria!...

AMPARO. Dios bueno!

DOLORES. Porque olvidaba decirte,  
que el asesino...

AMPARO. Ya entiendo.

DOLORES. Del despacho de mi padre  
llevóse el millon entero,  
que en billetes preparado  
encontró para su intento.

AMPARO. Y no se supo?...

DOLORES. Jamás.

Fué arrastrándose el proceso  
y cargándose de folios,  
y hoy tengo, niña, por cierto,  
que ni de él se ocupa nadie,  
ni nadie logra entenderlo.

AMPARO. Qué injusticia! No ve usted? (Á Raimundo.)

DOLORES. Tomás, ¿el que fué cajero  
de mi padre, compasion  
tuvo de los pobres hùerfanos,  
y nos recogió en su casa  
y el miserable sustento  
dividió de sus dos hijos  
con los hijos de su dueño.

AMPARO. Quedasteis en Cuba?

DOLORES. No.

Tomás consiguió un empleo  
en Puerto-Rico y allá  
hemos pasado este tiempo.

AMPARO. Noble corazon! gran alma!  
el mundo no es tan perverso.  
Sigue, niña de mi vida.

Habla de Tomás.

- DOLORES. Ha muerto  
hace dos meses: y he aquí  
de mi consulta el objeto.  
(Volviéndose á Raimundo.)
- RAIM. Pues escucho atentamente.
- AMPARO. (Á Lola.) Yo ni á respirar me atrevo.
- DOLORES. Ya Tomás en la agonía  
me hizo acercar á su lecho;  
y los dos solos; la noche  
enlutando el aposento;  
una triste lamparilla  
mortecina y sin reflejos  
bajo un Cristo de marfil,  
que aun me parece estar viendo;  
en los labios de Tomás  
descoloridos y secos  
los apagados quejidos  
que preceden al silencio;  
y lágrimas en mis ojos,  
y congojas en mi pecho...  
así me dijo: «Dolores,  
»bajo mi almohada hay un pliego..  
»tómalo cuando yo muera:..  
»está cerrado, y te advierto  
»que no has de abrirlo. Lo juras?  
»Lo juro, dije. Y no quiero  
»que esto lo sepa tu hermano,  
»agregó, porque le temo.  
»Es noble, pero imprudente:  
»honrado, pero violento:  
»Ya sé que vais á Madrid:  
»un abogado discreto,  
»un hombre de corazón,  
»de carácter puro y recto  
»hás de buscar cuando llegues;  
»y á él sólo, con gran secreto,  
»le entregas ese papel.  
»Después sigues su consejo:  
»Si él te dice, *no es bastante*,  
»arrójalo al punto al fuego,  
»y no busques más desdichas

»que sobran las que te dejo.  
»Si él, otro rumbo te marca,  
»quizá, niña, el testamento  
»del pobre Tomás será,  
»y así lo permita el cielo,  
»la venganza de tu padre  
»y el porvenir de sus huérfanos.»

Esto dijo y me pidió  
casi por señas un beso.  
Miré unos ojos inmóviles,  
besé una frente de hielo,  
apreté unas manos rígidas,  
después... pasó mucho tiempo...  
se apagó la luz de pronto,  
todo fué sombra y silencio,  
y pensé por vez segunda  
llorar á mi padre muerto.

AMPARO. Y el papel? (Con interés sumo.)

DOLORES. Lo traigo aquí. (Sacando un pliego.)

AMPARO. Pues aquí está el consejero,  
que Julian hizo el retrato  
y el parecido es perfecto.

DOLORES. Si él acepta?

RAIM. Cómo no?  
si su confianza merezco.

DOLORES. Y mi gratitud con ella. (Dándole el papel.)

AMPARO. Pues pronto á romper el pliego.

RAIM. Si ustedes permiten...

AMPARO. Sí,  
y pronto.

DOLORES. Yo dudo y temo.

(Raimundo se dirige á la mesita de la izquierda;  
se sienta en el sillón ó queda en pié junto á ella,  
rompe el sobre y saca una carta bastante extensa y  
otro pliego cerrado: pone este último sobre la  
mesa después de arrojar el sobre y comienza á leer  
para sí la carta. Dolores y Amparo en el sofá,  
hablando en voz algo baja para no molestar á  
Raimundo.)

AMPARO. Tú verás, niña del alma.

DOLORES. En fin... si me favoreces...

AMPARO. Acaso no lo mereces? (Abrazándola.)

DOLORÉS. Por quererte. (Lo mismo.)

AMPARO. Y mucha calma.

Lo que él opine y no más.

DOLORÉS. Lo que él disponga ha de ser.

AMPARO. Tratándose del deber

no retrocede jamás.

Como él te diga, *adelante!*

Adelante sin temor.

Su divisa es *el honor!*...

la de un caballero andante!

Proteger al desvalido!...

luchar con el poderoso!...

es el sueño más hermoso

que en sus sueños ha tenido!

Por eso le quiero tanto!...

porque tú comprendes bien...

pero ¡ay Dolores! también

me ha costado mucho llanto!

Qué dice?

(En voz alta volviéndose á Raimundo.)

RAIM. Tomás presume  
conocer al asesino.

AMPARO. Pues entónces no adivino  
su silencio.

RAIM. Bien resume, (Mostrando la carta.

y con razon ó malicia,

las causas de su tardanza.

Le inspira poca confianza

de los hombres la justicia.

«*El del golpe* es poderoso, (Leyendo.)

»y siempre mostró de sobra,

»que en poniéndose á la obra

»no peca de escrupuloso.

»Si yo me hubiese mezclado,

»agrega, en aquel proceso,

»viejo y pobre, y poco seso...

»ya me hubiesen aplastado.

»Sus hijos... tiene otro ver.

»Yo aligero mi conciencia.

»Lo que en mí fuera imprudencia,

»es quizá en ellos deber.»

DOLORÉS. Pero existen pruebas?

RAIM.

Sí.

En este pliego cerrado.

(Enseñando el de la mesa.)

Tres cartas que ha conservado  
del matador. Pone aquí (En la carta.)  
que contienen amenazas.

Cita otros muchos indicios...

Pero á qué buscar resquicios  
ni á que combinar más trazas?

El nombre dijo á Tomás  
su padre de usted espirante,  
prueba clara y terminante  
si se agrega á las demas.

AMPARO. Pues eso á mi ver es todo. (Con afan.)

DOLORES. Eso es lo que mas importa.

AMPARO. Á la larga ó á la corta  
(Á Dolores en tono triunfante.)  
daremos con él.

DOLORES. De modo?...

RAIM. Que Tomás así lo afirma  
por su eterna salvacion  
y aquí su declaracion  
(Poniendo la mano sobre el pliego.)  
dice que está con su firma.  
«Si esto basta, añade luego,  
(Leyendo la carta.)  
»al juzgado y á la audiencia:  
»si no es bastante, paciencia,  
»mis papelotes al fuego.»

DOLORES. Pues con eso hay duda?

RAIM. No.

Y al fin la justicia humana (Con energía.)  
no será palabra vana,  
como el anciano pensó.

DOLORES. Pero el nombre?

RAIM. En este pliego,  
(Con la creciente escitacion de la lucha.)  
con las pruebas que he citado.

AMPARO. Y está cerrado?

RAIM. Cerrado.

Debo abrirlo?

(Á Dolores, cogiendo el papel febrilmente.)

- AMPARO. Desde luego.
- RAIM. Perdone usted. (Á Amparo sonriendo.)  
Aunque es mucha  
su autoridad, yo quisiera  
que Dolores decidiera.
- DOLORES. Qué me aconseja?
- RAIM. (Con resolucion.) La lucha!
- DOLORES. La razon es nuestra?
- RAIM. Sí.
- DOLORES. Las armas buenas?
- RAIM. Tambien.
- DOLORES. Usted será?...
- AMPARO. Tu sosten,  
niña mia. (Á Dolores.)  
No es así? (Á Raimundo.)
- RAIM. *Se lo juro*, y no hay temor,  
que yo jamás he faltado,  
ni á juramento empeñado,  
ni á compromiso de honor.
- AMPARO. Qué decides? (Á Dolores con solicitud.)
- DOLORES. No lo sé.
- AMPARO. No comprendo tus temores!  
Por qué vacilas, Dolores?
- DOLORES, No es que me falta la fé;  
no es que me arredra el camino;  
no es que el riesgo me repele;  
ni es tampoco que no anhele  
castigar al asesino.  
Es que temo por mi hermano  
(En tono confidencial.)  
y su carácter violento.
- AMPARO. Quita allá! En cualquier momento,  
no estaremos á la mano,  
como quien dice... ¡pues no!  
y de mil diversos modos,  
para contenerle todos...
- RAIM. Para defenderle yo.
- DOLORES. Dicen bien: es la verdad.
- RAIM. Sin embargo, el influir (Contentándose.)  
es grave...
- DOLORES. Mas consentir  
de ese hombre la impunidad...



AMPARO. Tiene razon.

(Á Raimundo, señalando á Dolores.)

RAIM. De manera?...

(Con el pliego en la mano y dispuesto á ejecutar las órdenas de Lola, pero febril y ansioso.)

DOLORES. Que vencí mi timidez.

Rompa el sobre de una vez,  
y sea lo que Dios quiera.

(Raimundo vuelve á la mesa, rompe el pliego y saca varios papeles, que comienza á leer.)

## ESCENA X Y ÚLTIMA.

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO, D. JOAQUIN

por la derecha.

JOAQUIN. Señorita... (Saludando á Lola.)

AMPARO. Bien por Dios!

no es ese el nombre.

JOAQUIN. Creí...

AMPARO. Una hija tuviste? (Señalándose á sí misma.)

JOAQUIN. (Riendo.) Sí.

AMPARO. Pues mira, ya tienes dos.

(Señalando á Dolores.)

Son nuevos y dulces lazos,  
y aunque el suceso te asombre,  
en cuanto diga su nombre,  
vas á tenderle los brazos.

Conque vamos... adivina.

Fué en el colegio... mi hermana;

(Como quien pone un acertijo.)

su padre murió... en la Habana;

y es... Dolores de Medinal

(D. Joaquin vacila. En tanto Raimundo lee con ansia.)

Por qué, padre, palideces!...

por qué tu mirada inquieta!...

RAIM. (Leyendo.) Jesús!... Joaquin de Barrieta!...

JOAQUIN. Medina!... Jesús mil veces!

(D. Joaquin cae desplomado en el sofá cubriéndose el rostro con las manos: su hija se precipita á

él dando un grito. Dolores se aproxima como á socorrerle. Raimundo queda en pié al otro extremo, con el papel en la mano, mirando con espanto el grupo de la izquierda.)

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La escena representa el despacho de Raimundo: modesto, casi pobre. Al fondo una puerta. Otras dos á la derecha, en primero y segundo término. Á la izquierda, en primer término, una chimenea encendida: en segundo un balcon. Estantes de pino con libros. En primer término una modesta mesa de despacho; un quinqué encendido y un pequeño retrato, sobre ella.

### ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO.

Cuando todo iba tan bien,  
cuando la suerte cansada  
de perseguirnos, volvía  
hacia nosotros la cara  
y esa boda el porvenir  
para siempre aseguraba,  
es coincidencia cruel  
de Dolores la llegada  
con sus tristezas, sus penas,  
y sus antiguas desgracias.  
Y aun el incendio está oculto,  
pero si estalla!... y estalla  
de fijo, que es imposible  
que esta situacion extraña

se prolongue por más tiempo.  
Dolores le va á la caza  
al secreto: y si su hermano,  
que segun noticia exacta,  
ántes que ser racional,  
es un tigre de Bengala,  
y que hoy, por dicha de todos,  
allá en Madrid se desbrava,  
llega de pronto, y las pruebas  
exige, pide y reclama...  
Yo no sé!... yo me atosigo!...  
y sobre todo me espanta  
pensar en Raimundo! Aquella  
cabeza sublime y vana,  
donde han metido los libros  
más nieblas y mas fantasmas,  
y más balumba de frases,  
y más golpe de palabras,  
que caben en los abismos  
insondables de la nada,  
¿qué proyectos estará  
combinando? ¡Virgen santa!  
Es preciso prevenir (Con impaciencia.)  
ántes hoy, que no mañana,  
algun arranque romántico  
de ese chico: y es cachaza  
la de don Joaquín que vé,  
como el nubarron avanza,  
sin prepararse á luchar,  
sin ocuparse de nada;  
frío, triste, silencioso,  
envuelto en fúnebre calma,  
por clásico fatalismo,  
ó resignacion cristiana.  
Amparo todo lo ignora:  
mal hecho: si ella no alcanza  
de Raimundo lo que es justo  
¿quién sus delirios ataja?  
Ella viene... (Mirando á la derecha.)  
Yo me lanzo:  
despues me darán las gracias  
Dicen que soy egoísta!

pues en esta vida humana,  
toda realidad y lucha,  
y fuerza y á veces maña,  
¿no sienta plaza de necio,  
quien sienta de santo plaza?  
Yo soy honrado tambien,  
ninguno en serlo me gana;  
pero lo soy á mi modo,  
sin calentura romántica:  
lo soy al uso y costumbre,  
entre la gente sensata.  
Hombres perfectos no existen,  
ni hacen tampoco gran falta.  
Y en fin, no son necesarios,  
limitándome á mi casa,  
para un cuarto tan pequeño,  
ni mas santos, ni mas santas.  
Tenemos uno: Raimundo.  
Bien está, con ese basta,  
y aun en la ocasion presente  
se me antoja que sobraba.

## ESCENA II.

PRUDENCIO, AMPARO segunda puerta de la derecha

AMPARO. Y Raimundo, no ha venido  
todavía?

PRUD. No.

AMPARO. Bien tarda.

PRUD. Pero cómo deja usted  
á la enferma? (Señalando á la derecha.)

AMPARO. Quedan Clara,  
y Dolores, y mi padre.

PRUD. Pues de seguro la anciana,  
entre las visitas todas  
que entretienen su velada,  
es la de usted, niña mia,  
la que prefiere. Del alma  
predilecciones.

AMPARO. Dios mio.  
es tan buena!

(Dice esto como distraída y se aproxima al balcón.)

Qué enlutada  
está la noche! Y Raimundo?

(Volviendo al primer término y sentándose junto  
á la mesa.)

Tengo una tristeza! un ansia!  
Yo no sé; pero hace días  
que presiento una desgracia.  
Por qué no vuelve?

PRUD. Quién sabe!

AMPARO. Pero señor, por qué causa  
todos á mi alrededor  
están tristes? Por qué amargan  
de esta manera mis dichas?  
Usted lo sabe?

(Pequeña pausa. Prudencio queda como indeciso.)

Pues vaya,  
si lo sabe, dígalo.

PRUD. Pero y si usted se me enfada?

AMPARO. Luego hay algo?

PRUD. Pero usted  
qué nota?

AMPARO. Pues cosas vagas...

no sé qué! mucha tristeza!  
Mi padre ya ni repara  
en mí: digo mal, evita  
mi presencia: se me escapa  
de entre los brazos, y á veces...  
será ilusion... una lágrima  
me parece que su mano  
seca en la mejilla pálida.  
Á Raimundo no le veo:  
¡dos veces esta semana!  
de modo que á tercer turno  
su amor me tiene abonada.  
Pues Dolores... no se diga!  
vamos; y en ella la causa  
se comprende. Mire usted,  
esta es otra! Qué le pasa  
á Raimundo? Tanto fuego!  
tanto entusiasmo! tan brava  
resolucion de luchar

por la justicia!... Apurada  
me tiene Lola; y su hermano...  
¡qué cartas, señor, qué cartas!  
Créame usted, don Prudencio:  
hay insultos y amenazas!  
Dos meses desde aquel día!...  
y Raimundo, ni palabra!  
Lola y Baltasar ya dudan  
(En voz baja y con angustia.)  
de su buena fé!

PRUD. Villana  
sospecha!

AMPARO. Pues claro está!  
si conoceré yo el alma  
de Raimundo!... Pero ellos!  
Cómo inspirarles confianza,  
sin decir: «esto resulta.»  
Vamos, me dan unas ganas  
de llorar!... «El matador,  
»decía ayer una carta  
»de Baltasar, si es tan rico  
»tiene la causa ganada:  
»á no ser, Lola, que sea  
»tu abogado tal alhaja  
»de saber y rectitud,  
»como tu amiga de infancia  
»afirma, que podrá ser,  
»pero con verlo me basta.»  
¡Y así siempre, la ironía  
y la cólera alternadas!  
Mire usted, me dió una angustia  
en el pecho!... y en la cara,  
como si me hubiesen puesto  
al ladito de una fragual...  
y me marché muy de prisa  
porque no viese mis lágrimas.  
No puede seguirse así:  
su reputacion!... su fama!  
Es preciso que se explique...

PRUD. Bien pensado.

AMPARO. Quiero al alma  
hablarle.

- PRUD. Y hará usted bien.
- AMPARO. Y le exijo que mañana!...  
esta noche!... los papeles...  
esas pruebas desdichadas...
- PRUD. Buen instinto! por ahí va! (Con interés.)  
puso usted el dedo en la llaga!
- AMPARO. Sin vacilacion entregue...
- PRUD. Á quién?
- AMPARO. Á Lola.
- PRUD. (Con violencia.) Insensata!  
eso nunca!
- AMPARO. Don Prudencio!...  
(Levantándose con ímpetu. Despues los dos vienen  
al proscenio.)
- PRUD. Perdone usted.
- AMPARO. Pero...
- PRUD. Calma.  
Entregarlos, sí.
- AMPARO. Pues bien:...
- PRUD. Y muy de prisa... á las llamas!  
(Señalando la chimenea.)
- AMPARO. Qué dice usted!... Un depósito  
sagrado!
- PRUD. Qué en esas áscuas  
arderá de igual manera  
que la cosa más profana.
- AMPARO. Usted me aconseja?... (Con asombro.)
- PRUD. Sí.
- AMPARO. (Ap.) (Perdió el juicio!)
- PRUD. (Ap.) (Ya se alarma.)  
Ya dimos el primer paso.  
Pobre niña! Está inmutada.
- AMPARO. Propone usted un delirio.  
Tal crimen!...
- PRUD. Que nos espanta  
porque ignoramos su origen,  
y ademas sus circunstancias.  
(Con tono insinuante y confidencial.)
- AMPARO. Y usted sabe?...  
(Acercándose á él con curiosidad.)
- PRUD. Ya lo creo!  
Si Raimundo en esta casa



para mí no tiene nunca  
secretos.

AMPARO. (Con cierta ironía.) Pues yo pensaba...

PRUD. Ó bien á bien me los cuenta,  
ó yo con astucia y maña  
me entero de cuanto ocurre.

Aquella pasion volcánica

(Con intencion maliciosa.)

por una niña hechicera

no la supe? (Amparo se sonroja.)

Pues las cartas (Resueltamente.)

he visto.

AMPARO. (Con afan.) Y el nombre?

PRUD. Justo.

Y la historia es algo larga,  
pero la sé.

AMPARO. Gran milagro!

Pues quién la ignora? una infamia!

(Con energía.)

PRUD. Sobre eso hay mucho que hablar.

Poco á poco y ménos saña!

No hay más que arruinar á un hombre?...

Si no razon, hubo causa... (Con misterio.)

Yo, con toda mi prudencia,  
cuando la quiebra de marras,

si hubiese tenido al mozo

á mi alcance, me las paga!

Con esto quiero decir

que hay manchas... que no son manchas,

ó que bien pueden lavarse

con toda una vida honrada.

AMPARO. Las de la sangre tal vez; (Con energía.)

las del oro no se lavan:

y aquel hombre puso mano

en una vida y un arca!

PRUD. (Ap.) (Y quizá pensaba en ella!...

en la hija suya arruinada!...

acometa usted por nadie

peligros y empresas árduas!)

Silencio! Si don Joaquin

(Alto y mirando á la derecha.)

nos oyes!

AMPARO. (Con naturalidad y convicción.)

Me apoyara:  
esto mismo que á usted digo,  
le dije ayer.

PRUD. Virgen santa!

Y él entónces?

AMPARO. Sonrió

con esa sonrisa amarga  
de estos dias, murmurando:  
«Tienes razon; el que caiga  
»tan bajo, tan sólo en esto  
»encuentra salida franca.»  
Y con la noble fiereza,  
que entre su aureola de canas,  
arde siempre... dió unos golpes,  
así... fuertes!... en la caja  
(Imitando los golpes.)  
de dos hermosas pistolas,  
que de limpiar acababa.  
Más lindas!... y más brillantes!...  
(Con la ligereza infantil que le es propia.)

PRUD. Calle usted, Amparo, por Dios!

AMPARO. Pues no! para que aceptara  
esas teorías, que usted  
tan cabales encontraba!

PRUD. (Acercándose á ella y hablando con interés y misterio.)

Le quiere mucho?

AMPARO. Á mi padre?

quererle?... con toda el alma!

PRUD. Pues quien esas cosas dice...  
y las repite... le mata! (Con energía.)

AMPARO. Á mi padre!... Don Prudencio!...

(Pequeña pausa. Amparo retrocede con espanto.)  
Acaso él conoce!... el ama  
(Dice todo esto preparándose para la transición y vislumbrando la verdad.)  
al miserable asesino!...  
Es decir... yo no pensaba  
que un hombre como mi padre...  
á ese desgraciado... Vaya

si su estimacion merece...

estaré yo equivocada...

Pero su nombre ¿cuál es?

(Acercándose y preguntando con terror.)

PRUD. Valor! (Cogiéndole las manos.)

AMPARO. Don Prudencio!...

PRUD. Y calma.

Arranque usted á Raimundo

(Al oido y con profunda intencion.)

esas pruebas... y á las llamas!

AMPARO. Ay Dios del cielo!... no sé

lo que siento!... Usted me engaña!...

Y sabe tambien mi padre?...

PRUD. Todo.

AMPARO. Y él quiere?...

PRUD. (Con resolucion y energía.) Le salva

quien destruya esos papeles!

AMPARO. Qué dice usted?... Virgen santa!...

No es verdad!... que venga!... padre!

(Llamando.)

PRUD. Silencio!

AMPARO. Jesús me valga!

(Cae en el sillón y se tapa el rostro con las manos sollozando.)

No es cierto!... Sí es cierto!... sí!

Por eso Raimundo!...

PRUD. Basta.

(Mirando con recelo á la derecha por si vienen.)

AMPARO. Me ahoga el llanto!... padre mio!

aquella mano manchada!...

No importa... le quiero mucho...

ay padre!... padre del alma!

(Rompe a llorar de nuevo.)

### ESCENA III.

AMPARO, D. PRUDENCIO, D. JOAQUIN, por la derecha.

PRUD. Es él!...

AMPARO. Es él!... Ay! Dios mio!...

si no es verdad esa infamia!...

si no puede ser!...

(Corriendo á su encuentro y abrazándole.)

JOAQUIN. (Con sobresalto.) Amparo!...  
qué tienes?

AMPARO. Qué tengo? Nada;  
pues no ves cómo te ciño  
los brazos?

JOAQUIN. Pero esas lágrimas!...

AMPARO. Yo soy niña caprichosa!...  
tan mimada!... tan mimada!...  
Ya lo ves... tuya es la culpa.  
Ya lo sabes... son mis mañas.  
Que lloro!... pues tú verás  
qué pronto mis ojos pasan  
del llanto que los nubla  
á la luz que los aclara.

JOAQUIN. No; tienes algo.

AMPARO. Sí tengo,  
y he de decirlo.

JOAQUIN. (Con ansiedad.) Pues habla.

AMPARO. Pero á solas... ven conmigo:  
los dos al cuarto de Clara. (Llevándose.)  
Perdone usted, don Prudencio.

PRUD. Es natural.

JOAQUIN. (Deteniendo á Amparo y en voz baja.)  
Qué desgracia  
te han dicho?

AMPARO. No; nada sé.  
Vamos pronto.

JOAQUIN. (Con ansiedad.) Tú me engañas!

PRUD. Raimundo pienso que llega.  
(Mirando al fondo.)

AMPARO. Lo ves... padre: de esta sala  
(Siempre en voz baja.)  
salgamos... y mezclaremos  
besos, suspiros y lágrimas!...  
cuando ninguno nos vea...  
hasta entónces... por Dios, calla!

PRUD. Pero qué piensa usted, niña,  
decirle? (Deteniéndole y aparte.)

AMPARO. (Á Prudencio y en voz baja.)  
Pregunta vana!

Decirle que no se trunca  
(Siempre en voz baja.)  
nuestro amor de ningun modo!  
Decirle que lo sé todo  
y que le amo más que nunca!  
Decirle que voy á hacer  
esas cartas mil pedazos!...  
Y llorar entre sus brazos,  
por lo que le dije ayer!  
(Sale abrazada á su padre por la derecha, primer  
término.)

## ESCENA IV.

PRUDENCIO y RAIMUNDO, este entra por el fondo,  
abatido y sombrío, y se sienta junto á la mesa.

PRUD. (Acercándose lentamente, tocándole en el hom-  
bro, y cuando Raimundo levanta la cabeza, seña-  
lándole una carta cerrada.)

Raimundo, viste esa carta?

RAIM. De Baltasar. Ya sospecho (Cogiéndola.)  
sus iras ó su despecho:  
es la tercera ó la cuarta.

(Abriendo la carta y leyendo algunos párrafos.)

«Mañana espero llegar...»

»Le concedo á usted un plazo...»

»Y yo jamás amenazo

»por gusto de amenazar.»

(Arroja la carta sobre la mesa.)

PRUD. En aquella habitación,  
Dolores. Y hablarte quiere.  
Lo que pretende se infiere.

RAIM. Arrojarle mi traicion  
al rostro: no es maravilla,  
ni hace falta su presencia.  
Ya me muerde en la conciencia,  
ya me abrasa la mejilla.

PRUD. Desde el cuarto de tu madre  
á ese pasaron...

RAIM. Lo sé.

Pero dílo.

- PRUD. Para qué?  
RAIM. Ellos?  
PRUD. Amparo y su padre.  
Buscarán...  
RAIM. Es de rigor:  
lo adivina mi desdicha:  
ó el fantasma de mi dicha  
ó los restos de mi honor.  
PRUD. Pues es mucho adivinar.  
RAIM. Para adivinar, sufrir.  
Qué otra cosa han de pedir,  
ni qué me resta por dar?  
PRUD. Que no ennegrezcas te ruego  
tu situación como sueles.  
(Acercándose á él, mirando alrededor y hablándole al oído.)  
Se trata de unos papeles...  
y si se arrojan al fuego...  
(Señalando la chimenea. Raimundo le rechaza. El vuelve á acercarse y habla con tono de desprecio.)  
¿No los tienes á la mano? (Tocando la mesa.)  
quién los leyó?... quién los tuvo?  
¡pues no los hay, si los hubo! (Con energía.)  
RAIM. Y Dolores? y su hermano?  
(Levantándose: vienen al proscenio.)  
Todo fácil... y despues!...  
PRUD. Quieres seguir mi consejo!...  
RAIM. Es inútil.  
PRUD. Pues lo dejo  
si es inútil.  
RAIM. Sé cual es.  
Tú piensas que en este abismo,  
(Golpeándose el pecho.)  
que se llama corazón,  
no sabe hablar la pasión?  
no se agita el egoísmo?  
Para mi angustia y tu gloria  
hablan mucho y hablan firme:  
lo que tú puedas decirme,  
me lo sé yo de memoria.  
PRUD. Tanto mejor si es así.  
RAIM. Tanto mejor!

- PRUD. Será indicio  
de que vas teniendo juicio.
- RAIM. Pues empecemos por tí.  
(Pausa. Se acerca á Prudeacio, le coge por el  
brazo y habla en voz baja.)  
¡Oro y mucho!... en puridad...  
trae la boda. Cuanto debo...  
á los tuyos.
- PRUD. No me atrevo...  
(Protestando débilmente.)
- RAIM. Sí, por juro de heredad. (Con oculta ironía.)  
Que entregue á Dolores todas  
las cartas, y por tal suerte,  
á la deshonra, á la muerte  
á ese anciano... ¡y adios bodas!  
Y aunque no lo diga el labio,  
pensarás que es cosa seria,  
condenarte á la miseria  
por escrúpulos de sabio.  
Que yo anule sin piedad  
tu porvenir, y despues  
que le cuente á tu interés  
historias de mi lealtad.  
(Con una sonrisa sardónica.)
- PRUD. Raimundo!...
- RAIM. En el blanco toco,  
que este, Prudencio, es el caso. (Con dureza.)
- PRUD. (Con enojo y acritud: se siente herido y quiere)  
devolver golpe por golpe.)  
Es que yo no pienso acaso  
en tu madre, pobre loco,  
cuando apetezco esos bienes,  
que tu vanidad descuida?
- RAIM. Oye, me pesa la vida!
- PRUD. Ni aun ese recurso tienes.  
(Raimundo hace un movimiento para alejarse de  
Prudencio; este le sigue, encarnizándose cruel-  
mente.)  
Á privaciones sin fin  
has condenado á esa anciana.  
Si tú faltases mañana,  
sabio inútil, sabio ruin,

¡bravo consuelo le dejas!  
De sus penas el encono,  
la miseria, el abandono,  
sus lágrimas y sus quejas!  
De tus libros el caudal,  
que, vive Cristo, que es fuerte,  
y por remate la muerte,  
la muerte en un hospital!

(Todavía intenta huir Raimundo de aquella tortura; todavía le acosa Prudencio.)

RAIM. No más, Prudencio, no más!  
Quién esas cosas te inspira?

PRUD. Ven conmigo, escucha y mira.

(Queriendo llevarle al cuarto de su madre.)

RAIM. Ella!

PRUD. Conque tú verás.

No pensabas en su amor?

Pues fué olvido baladí!

RAIM. Ella nunca pensó en sí,

tratándose de mi honor. (Triste y pensativo.)

PRUD. Entónces...

De todos modos

no me obligues al silencio,

(Al ver un movimiento de impaciencia.)

que en estas cosas, Prudencio,

es bueno escuchar á todos. (Pausa.)

RAIM. Cuando ya puesto el sol, de Barcelona  
las calles envolvió nocturna niebla,  
me dí á vagar, huyendo de mí mismo,  
de la febril ciudad por las arterias.  
Menuda lluvia sin cesar bajaba  
del alto cielo á la enlodada tierra:  
cieno, llanto, negrura, mi alma toda  
como en cristal inmenso se refleja.  
Un reflejo sin luz! no te da risa?

(Al notar un movimiento de desden en Prudencio.)

pues, sin embargo, yo me ví cual era.

Cansado de pisar negruzco barro,

salí de la ciudad. Con planta inquieta

á la playa bajé, y de las olas

busqué la línea, hundiéndome en la arena.

Arriba todo negro: existe un cielo,



ó es abismo sin fin la sombra espesa?  
hubiese preguntado á los espacios  
un ser que de repente allí naciera  
con su razon formada y con la duda  
tigre traidor, acurrucado en ella.  
No viendo los celajes del oriente,  
¡qué fácil es juzgar la noche eterna!  
En frente el mar inmenso y sus rugidos,  
imágen de la lucha y de la fuerza;  
el mónstruo enorme devorando al débil,  
la ola mayor borrando la pequeña.  
Es eso todo? existen otras leyes?  
pues cuáles son las que mi ser gobiernan?  
La lealtad, la justicia y el derecho  
realidades serán? serán quimeras?  
Un *deber*, por pequeño, por humilde,  
por mezquino que al pronto nos parezca,  
en la balanza de invisibles mundos,  
contra deleites, dichas, muerte ó pena,  
por mucho que se ponga en el platillo  
del lado opuesto, ¿el fiel se lleva?  
ó es el deber engendro caprichoso,  
y la balanza va donde más pesa,  
cargada de apetitos, intereses,  
ambiciones, codicias y materia?  
Ántes lo supe, pero allí dudaba  
y anegarse sentía mis creencias.  
La sombra ante mis ojos: de mis sienas  
el vendabal prensando las arterias:  
mi cerebro perdido en el vacío:  
por base de mi ser tan sólo arena:  
y del mar la resaca salpicando,  
con sus espumas de amargura inmensa,  
mis labios entreabiertos, que gemían  
una pregunta, sin hallar respuesta. (Pausa.)  
Me comprendes?

PRUD.

No á fé: delirio, fiebre,  
vanos fantasmas y palabras huecas.  
Así se escriben odas, si se sabe;  
(Con desprecio.)  
mas no se vive así sobre la tierra.  
Conque vengamos al fin,

y tus proyectos no veles.  
¿Vas á dar esos papeles (Con dureza é imperio.)  
á Dolores ó á Joaquín?

RAIM. Me los dió Dolores?  
(Lo mismo. En este diálogo creciente animacion  
y enojo por parte de ambos.)

PRUD. Ella:  
no hay quien la verdad eluda.

RAIM. Le pertenecen?

PRUD. Sin duda.

Pero todo lo atropella  
cegada por la pasion  
y á impulsos de su despecho.

RAIM. Tiene en suma buen derecho.

PRUD. Pero no buena razon.

RAIM. Tú lo dices.

PRUD. Yo lo arguyo.

RAIM. Somos nosotros sus jueces?

PRUD. Pudiera ser.

RAIM. No mil veces!

PRUD. Luego le darás?... (Con sobresalto.)

RAIM. (Con violencia.) Lo suyo.

PRUD. Pues aquí don Joaquín llega:

tu amigo! tu protector!  
con que reanima el valor:

aparéjate á la brega:  
explicale tu actitud,  
y mirándole á la cara,  
dile lo que le prepara  
tu sublime gratitud.

## ESCENA V.

RAIMUNDO, PRUDENCIO, D. JOAQUÍN derecha primer término.

PRUD. Ó si es que tu no te atreves  
voy á decírselo yo.

RAIM. Decirle que acaso!... (Refiriéndose á si mismo.)  
(Retrocadiendo.) No!

JOAQUÍN. Por qué, si haces lo que debes?  
(Sombrío y resignado.)

RAIM. Pues sea, mas yo no cejo  
ni te suelto de la mano.  
Á solas con ese anciano,  
mozo insensato, te deajo.  
Á todo lo que él te exija  
has de ceder y al instante.  
(Ap.) (Y si el padre no es bastante  
vendrá de refuerzo la hija.) (Váse.)

## ESCENA VI.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN.

JOAQUIN. Pronto y no vaciles más.  
Yo sé comprenderlo todo:  
puedo bajar hasta el lodo!...  
en él quedarme... jamás!  
Habla, Raimundo.

RAIM. (Resueltamente.) Si!... Yo!  
Míreme usted frente á frente:  
acaso soy un demente,  
pero un miserable, no!  
En el fondo de mi ser  
una duda se agiganta:  
una duda que me espanta  
y que no puedo vencer!  
Mi lealtad; mi gratitud!...  
mi cariño; mi promesa!...  
si este abruma, aquella pesa?  
qué es infamia, qué es virtud?

JOAQUIN. No sigas: no tiene objeto.  
Te protegí. Si has dudado...  
con tu duda estoy pagado.  
Eres libre por completo.

RAIM. Eso no! que no gobierna  
la ingratitud en mi ser!  
mi deber es mi deber,  
y mi deuda es deuda eterna!

JOAQUIN. Si la quieres recordar  
te toca darle valor,  
que á costa yo de tu honor

- no la pretendo explotar.
- RAIM. No por Dios! no me abandone!  
mis argumentos destruya!  
mejor cuanto más arguya!  
Si ninguno se me opone  
y en lucha conmigo mismo  
me dejan sin compasion,  
ó perderé la razon,  
ó rodaré en el abismo!  
No le dá mi duda espanto?  
no le aterra el porvenir!
- JOAQUIN. Y qué puedo yo decir?  
(Con tristeza y desaliento.)
- RAIM. Puede usted decirme tanto!  
Que soy ingrato y cruel!...  
que soy necio en mi porfía!...  
que ninguno dudaría!...  
y mil cosas en tropel!  
Lo que quiero es que esa calma  
pierda usted! que me conmueva!...  
El alma, padre, se lleva,  
quien sabe hablar con el alma!  
Por la sombra de un deber,  
torpemente equilibrar,  
el mal que puedo causar,  
con el bien que puedo hacer!  
(Con ironía contra sí mismo.)  
Acaso ruines patrañas  
que van por malos caminos!  
unos papeles mezquinos!  
y unas personas extrañas!  
Y usted, aunque mi furia ladre  
y me muerda á su sabor,  
mi amigo, mi bienhechor,  
en fin, mi segundo padre.  
Salga usted y de pasada  
ponga mi duda á cualquiera,  
y ya verá que sincera  
y espléndida carcajada!  
Lo cual prueba y de eso trato,  
y lo pruebo de mil modos,  
que ó son miserables todos,

ó yo soy un insensato.  
No es esto? qué dice usted?  
Diga algo por caridad!

JOAQUIN. Que acaso dices verdad...  
(Con cierta animacion y dejándose llevar.)  
pero que yo no lo sé. (Con nuevo desaliento.)

RAIM. Pero usted, por Belcebú,  
qué hiciera?

JOAQUIN. Yo te lo fio:  
no atormentarte, hijo mio,  
como me atormentas tú.

RAIM. Es que sufro!

JOAQUIN. Cómo no?

RAIM. Es que dudo!

JOAQUIN. Ya lo sé.  
Pero Raimundo, por qué  
quieres que resuelva yo?  
Es crueldad y hasta demencia,  
son delirios y aún agravios  
pretender que con mis labios  
te dicte yo mi sentencia.

RAIM. Agravios?... á mi pesar.  
Delirios?... pues qué es vivir?  
Crueldades?... ay! en sufrir  
quién se me puede igualar?  
Dónde hay trance más cruel,  
dónde hay conflicto mayor,  
dónde hay más fiero dolor,  
dónde hay manantial de hiel  
que más copioso derrame  
en un cerebro insensato?  
Usted, que me llama ingrato!  
Lola, que me llama infame!  
Y uno y otro con razon:  
y uno y otro á mi pesar,  
sin que lo pueda evitar  
ni el alma, ni el corazon.  
Si estuviese mi deber  
claro, resuelto, patente,  
tengo valor suficiente  
para decir: ha de ser.  
Astros, globos, soles, mundos,

polvo ruin, tosca materia,  
escorias, humo, miseria...  
ya por cálculos profundos,  
ya por palanca y compás,  
todo, todo se ha pesado:  
y se dice, de este lado  
la balanza baja más.  
Pero yo quiero saber  
con impaciencia febril,  
de esta materia sutil  
que llamamos *el deber*,  
dónde está el peso mayor,  
su etérea balanza en dónde,  
y ninguno me responde  
ni la ciencia, ni el honor!  
Y en estos tormentos crueles  
siento impulsos en mi sér  
de llamar á esa mujer  
y entregarle estos papeles.  
En buena ley no es mejor  
que el honor la gratitud,  
y deja de ser virtud,  
virtud que mancha el honor.

JOAQUIN. Pues sigue el impulso impío.  
Llámalala!... Sacia tu sed!...

RAIM. No lo dije por usted!  
Perdon!... perdon, padre mio!  
(Abrazándose á él. Pausa.)

JOAQUIN. Comprendo tu situacion:  
repito lo que te dije:  
mira que nada te exige,  
Raimundo, mi corazon.  
No temas que yo te arguya.  
Resuelve tú sin reparo.  
De todos modos, mi Amparo...  
(Con dulzura, con humildad, con tristeza, casi al  
oído.)

si tú quieres... será tuya.  
Qué más dicha para mí...

RAIM. Padre, mi padre querido!...

JOAQUIN. Que darle tan buen marido...  
al ausentarme de aquí.

RAIM. No más!... no más, por favor!  
que hablándome de ese modo  
voy á olvidarme de todo...  
¡hasta de mi propio honor!  
(Se abrazan de nuevo profundamente conmovi-  
dos.)

## ESCENA VII.

RAIMUNDO y D. JOAQUIN abrazados: AMPARO.

AMPARO. (Por la derecha primer término: se detiene un momento al presentarse. Al verla Raimundo y D. Joaquín se separan. El primero queda á la izquierda, el segundo viene á la derecha. Amparo se acerca á su amante. Todo esto segun lo indica el diálogo.)

Se abrazan! ah, cielo santo,

(Ap. desde la puerta.)

y qué bueno es mi Raimundo!

RAIM. Ella:... (Á D. Joaquín..)

JOAQUIN. Qué abismo profundo!

(Separándose.)

AMPARO. Por algo te amaba tanto!

(Acercándose á Raimundo y en voz baja y apasionada: Raimundo la mira con asombro.)

Os he visto desde allí...

Os abrazabais... ¿Por qué?

No lo digas: yo lo sé:

tú no me engañas á mí.

(Todo esto con mezela de malicia, de alegría y de ternura. Volviéndose á su padre y en voz alta.)

Qué bueno!... qué noble!...

RAIM. Amparo!

AMPARO. Ya sé que le cuesta mucho. (Como ántes.)

RAIM. Si supieras como luchó! (En voz alta.)

Si lo supieras!

AMPARO. Pues claro!

abusar de la confianza

(Á su padre exagerando los méritos de Raimundo.)

que en él pusieron: romper

pruebas que de esa mujer

son en ley!... Ya se me alcanza  
que mucho le habrá costado!  
Aunque soy niña ligera,  
yo discorro á mi manera  
y algo tambien he pensado.

RAIM. No: por nada de este mundo! .. (En voz alta)

AMPARO. Justo!... por ningun provecho! (En voz alta.)

Y sin embargo lo has hecho: (En voz baja.)  
mayor mérito, Raimundo!

Y ahora hablando en puridad,

(En voz aun más baja, acercándose más á él y  
observando si les miran.)

al quebrantar tu honradez...

¡tan sólo por esta vez!...

¿por qué ha sido? la verdad.

Dilo... y jura por tu honor;

más... ¡por tu eterna salud!

(Con el tono de niña caprichosa.)

¿ha sido por gratitud?

¿ó algo tambien por amor?

Por mi padre ha sido más?

ó por mi tambien un poco? (Con mimo.)

RAIM. Quieres que me vuelva loco?

AMPARO. Toma!... toma!... no lo estás?

Si adorando á una mujer,

por amor y por ternura

no se hace alguna locura,

¿para que sirve el querer?

(Raimundo le coge las manos, quiere decir algo,  
declararle la verdad; pero no se resuelve, le aterra  
el desengaño de Amparo.)

Te extraña!... tú tienes juicio!

los hombres!... bah!... que si quieres!

Nosotras, pobres mujeres,

vivimos del sacrificio.

Triste ley y ley querida,

que por insondable arcano,

es nuestro pan cotidiano,

y es acaso nuestra vida!

Lo que has hecho por papá,

y por tu Amparo tal vez,

una y otra y otra vez



lo hiciera yo. Y ojalá  
que la ocasion se presente;  
que quiêro sufrir por tí  
lo que sufriste por mí,  
y mucho más!

RAIM. Dios clemente!

AMPARO. Que mi amor es tan profundo!...  
¡si el decirlo causa espanto!  
que te quiero tanto!... tanto!...  
más que á mi padre, Raimundo!

RAIM. Basta! basta!... no por Dios!

AMPARO. Como te debe la vida...

(Como atenuacion de lo que ha dicho.)  
en la tuya está fundida...  
y en uno, quiero á los dos.

RAIM. Gozo!... y sufro!... y me estremezco!...

(En voz alta y con desesperacion.)

y deliro!... Te lo juro!  
Tanto amor, amor tan puro...  
¿tú sabes si lo merezco?

AMPARO. (Volviéndose á su padre pero espantada ya del  
tono de Raimundo.)

Y me adora!... y te salvó!...  
y ahora me pregunta á mi!...

RAIM. Pero lo merezco?...

AMPARO. Sí.

RAIM. Pues yo te digo que no!  
Y lo repito mil veces!...  
Y tranquilo no he de estar...  
hasta que te oiga exclamar,  
Amparo, que me aborreces!

AMPARO. Que yo te aborrezca?

(Con asombro creciente y con instintivo terror.)

RAIM. Sí.

AMPARO. No comprendo!... (Mirando á todos.)

RAIM. No te asombre!

Nunca te fies de un hombre,  
y mucho ménos de mí!  
Cuando acudo á mi conciencia,  
encuentro un grotesco arcano,  
con pasiones de villano,  
y levadura de ciencia.

Ni soy traidor, ni leal;  
y es que me faltan tambien,  
fortaleza para el bien,  
y apetitos para el mal!  
Felices los que el dolor,  
con alguna fé sanean,  
y en algo creen, aunque crean  
en el absurdo mayor!

AMPARO. Que tú dudas?

RAIM. Ya lo dije.

AMPARO. Qué pretendes?... (Retrocediendo.)

RAIM. Ya te apartas!...

AMPARO. Dar á Dolores las cartas?...

(En voz baja y con terror.)

RAIM. Son tuyas y las exige.

AMPARO. (Retrocediendo hasta encontrar á su padre, pero  
sin perder de vista á Raimundo. Esto queda en-  
comendado á la actriz.)

¿Es cierto lo que le oí, (Á su padre.)  
que yo, padre, no lo creo!

(Pausa. Raimundo y D. Joaquin permanecen si-  
lenciosos y sombríos. Amparo les mira alternati-  
vamente.)

Es cierto!... sí!... (Pequeña pausa.) Ya lo veo...  
en él, Dios mio!... y en tí!

(Abrazándose á su padre. Nueva pausa.)

No ha de ser!... ya lo verás!... (Á su padre.)  
Raimundo!...

(Llamándole. Raimundo permanece inmóvil.)

¿No se arrepiente!...

Pero ese hombre está demente  
ó no me quiso jamás!

JOAQUIN. Raimundo, por compasion!...  
apresura tu sentencia!...

AMPARO. Ay, padre, cuánta conciencia,  
y qué poco corazon!

(Pausa. Raimundo cae desplomado en el sillón y  
apoya la cabeza entre las manos y sobre la mesa.  
Amparo abraza á su padre.)

Padre... tus manos... tu seno!...

Mira, ingrato... si mató, (Á Raimundo.)  
fué porque le provocó

un hombre!... pero es muy bueno!  
No es esto lo principal?...  
De esto es posible que dude?... (À su padre.)  
Y no le amé cuanto pude?...  
Pues por qué nos quiere mal?  
VAMOS. (Llorando, à su padre.)

JOAQUIN. No.

AMPARO. Por compasion!...

Cederá... si ahora resiste.

(Amparo pugna por llevarse à D. Joaquin hácia Raimundo, à pesar de que él se opone débilmente.)

RAIM. De cuantas formas se viste, (Viéndoles venir.)

Dios mio, la tentacion!

AMPARO. Habla, llora, ruega, padre!

rompe tu mortal silencio!

Llamaremos á Prudencio,

llamaremos á su madre.

RAIM. No hay modo que te condene

(Golpeándose el pecho.)

sin condenarme á mí mismo,

corazon, que tu egoismo

harto resguardado viene.

En aquella habitacion

qué sola en cambio Dolores!

Para buscar fiadores

tiene ingenio la traicion!

(Llegan Amparo y su padre à unirse con Raimundo. Debe procurarse que el grupo sea artístico.)

RAIM. Llegó el instante fatal!

(Encogiéndose en el sillón.)

JOAQUIN. Nos temes, Raimundo?

RAIM. Sí.

Pero más me temo á mí

que á vosotros.

JOAQUIN. Haces mal.

Yo soy reo, tú eres juez.

RAIM. Pues de los dos sospechara

quien nos mirase á la cara

al ver nuestra palidez.

AMPARO. Mírale...

(À Raimundo, señalando la figura abatida de don Joaquin.)

que en vano lucho,  
si el verle no te enternece.  
Ahora tranquilo parece,  
(Inclinándose hácia Raimundo, hablándole al oído,  
y señalando á su padre.)  
¡pero anoche lloró mucho!

RAIM. Padre!... padre!.. (Con profunda emocion.)

AMPARO. De su mano

has recibido la mia;  
¡pero, ay triste, que ese día  
pasó!

JOAQUIN. Y está muy lejano.

RAIM. No diga usted eso por Dios!

JOAQUIN. Basta!... cumple tu deber!  
Vámonos!... como ha de ser!

(Queriendo llevarse á su hija.)

AMPARO. Ya no nos quiere á los dos!

RAIM. (Vencido al fin y llorando.)

Que yo á tí!... Dios scberano!...

Que yo no quiero á tu padre!...

Por tí!... por él!... (Tomando una resolucion.)

AMPARO. Por tu madre!...

(Señalando hácia la derecha y suplicando con  
suprema angustia.)

RAIM. Seré traidor y villano!  
Qué importa? De todos modos  
con la masa me confundo,  
que en este mísero mundo  
alguna vez lo son todos!  
Sacrificarle!... jamás!

(Señalando á D. Joaquin.)

Por un dudoso deber?

Quién me lo ha de agradecer!

Ni aquella mujer quizás!

Venid!

(Haciendo que se acerquen: en todos gran an-  
siedad.)

Con tu mano pura  
da vuelta á esa llave ruin!

(Á Amparo señalándole una llave que ya está  
en el cajon de la mesa.)

Ya está abierta, don Joaquin!

Qué poco la cerradura  
me acompaña en mis quimeras!  
No resistió ni un momento!...  
Ni se ha hundido el firmamento,  
ni han temblado las esferas!  
(Abriendo el cajon y sacando los papeles )  
Estos son!... Te dan espanto? (Á Amparo.)  
No temas... nada receles...  
Por unos cuantos papeles  
tanta angustia y tanto llanto!  
(Con los papeles en la mano.)  
Verás sobre aquel tizon  
(Señalando la chimenea.)  
qué llamarada rogiza!  
Y despues, en la ceniza,  
que descubran mi traicion!  
Si obro mal, que no lo sé,  
¿en dónde quedará escrito?  
¿en el cielo? ¿en lo infinito?  
¡pues á que nadie lo vé!  
Ni en dónde tampoco impresos  
de esa mujer los agravios?  
Será en mi rostro? tus labios  
los borrarán con sus besos!  
Pretender la perfeccion!  
vanidad de vanidades!  
allá van las voluntades  
donde quiere el corazon!  
(Dirigiéndose á la chimenea.)  
Aquí en silencio profundo,  
con vosotros á mi lado...  
¿quién sabe lo que ha pasado?  
¡Pues á las llamas!...  
(Hace un movimiento para precipitar los papeles  
en la chimenea. En este momento es cuando apa-  
rece Dolores.)

## ESCENA VIII.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN, DOLORES,  
por la derecha, segundo término.

- DOLORES. Raimundo!  
(Todos los personajes de la escena anterior formando un grupo á la izquierda, cerca de la chimenea. Dolores aparece, como queda dicho, en la primera puerta de la derecha; da unos pasos y se detiene. Los demas rodean á Raimundo en ademán de defensa, por decirlo así.)
- AMPARO. (En voz alta.) Recuerda lo prometido!
- RAIM. Suceda lo que suceda!
- DOLORES Tú le pides?... (Á Amparo.)
- AMPARO. Que no ceda.  
Ya sabes lo que le pido.
- DOLORES. Tambien por tí abandonada!
- AMPARO. Pues ha de ser de este modo.  
Para tí, Dolores, todo;  
para tu venganza, nada.
- DOLORES. Venganza? . . Justicia!
- AMPARO. Muerte!
- DOLORES. Este cambio! ..
- AMPARO. Fué preciso.
- DOLORES. Y quién lo quiso?
- AMPARO. Lo quiso,  
niña del alma, la suerte.  
(Pequeña pausa.)
- DOLORES. Creyendo que era leal,  
á un caballero una dama,  
depósito que hoy reclama  
le confió.
- RAIM. Pues hizo mal  
al juzgarle hombre de honor,  
y es inútil que reclame;  
porque yo sé que es infame,  
y le conozco mejor.
- DOLORES. Lo dice usted?... (Con asombro.)
- RAIM. (Con un ademán.) Mi mejilla.
- DOLORES. Esto es un sueño!

- RAIM. Tal vez.  
Mas sueño de tal jaez,  
que parece pesadilla!
- DOLORES. (Señalando los papeles que Raimundo conserva en la mano.)  
Esos?
- RAIM. Estos.
- DOLORES. (Dando un paso.) Pues bien...
- RAIM. No.
- DOLORES. Trata?...
- RAIM. (Señalando la chimenea.) De echarlos allí...
- DOLORES. Al fuego las pruebas?
- RAIM. Sí.  
Lo exige...
- DOLORES. Quién?
- RAIM. (Señalando á Amparo.) Ella.
- AMPARO. Yo!  
Y cesa en tu afan impío!
- DOLORES. Nombre tal no es justo, Amparo.  
En mi padre pienso.
- AMPARO. Es claro!  
pero yo pienso en el mio!
- DOLORES. Virgen pura! Santa Madre!...  
Luego es su padre!... (Señalando á D. Joaquín.)
- JOAQUIN. Su padre!  
(Con desesperacion.)
- DOLORES. Jesús!... (Da unos pasos vacilante, como para huir.)

## ESCENA IX Y ÚLTIMA.

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO, D. JOAQUIN,  
BALTASAR.

Raimundo siempre entre Amparo y D. Joaquín, formando los tres un grupo. En el centro, pero hacia el segundo término, Dolores y Baltasar. Este al entrar ha sostenido entre sus brazos á su hermana que estuvo á punto de caer.

- BALT. Lola!
- DOLORES. Baltasar!
- BALT. Tú vacilas!... son de hielo  
tus manos!... tu frente fria!  
y en tus ojos, Lola mía,

un triste y opaco velo!...  
Qué tienes?... algun cobarde  
te llegó á insultar?

DOLORES. (Queriendo llevarle.) No: ven!

BALT. Te han alligido?

DOLORES. Sí.

BALT. Quién?

DOLORES. Ya te lo diré más tarde.

Ahora... vamos... por favor! (Llevándose.)

BALT. (Deteniéndose cerca del fondo, volviéndose hácia  
el grupo de la izquierda y señalando á Raimundo.)  
Raimundo es aquel!

RAIM. Raimundo.

BALT. Me lo dijo su profundo  
desaliento y mi rencor!  
No fué de modo distinto!...  
(Mirando á Raimundo.)  
Tal como es .. hermana mia,  
al pensar cómo sería,  
me lo retrató el instinto!  
Cobarde ante su deber!  
temblando ante mi venganza!

RAIM. Pues no sé la semejanza  
en que la pudo usted ver!  
Ser traidor?... quizá lo he sido.  
Faltar al deber?... sí, pude.  
Pero temblar?... no lo dude,  
temblar no lo he conseguido!

DOLORES. Si quieres verme morir (Á su hermano.)  
sigue así!

AMPARO. (Á Raimundo.) Por compasion!

BALT. Ó cumple su obligacion  
ó yo se la haré cumplir.  
(Á su hermana, acercándose al fondo.)

RAIM. Ya veremos de qué suerte,  
pues quedamos en el mundo.

BALT. (Desde la puerta.) Á muerte ó vida, Raimundo!

RAIM. Baltasar, á vida ó muerte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

---

## ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO. -

Otra vez surge el conflicto:  
la tregua que nos ha dado  
la enfermedad de Dolores  
es tregua que está espirando.  
La pobre Lola á la vida  
vuelve, y á fé de hombre honrado  
que no me pesa. Pero él,  
ese Baltasar del diablo  
que ni aún en la enfermedad  
de su hermana ha descansado  
de su furiosa manía,  
y desde el pueblo cercano,  
á donde se la llevó,  
ni un sólo dia ha dejado  
de escribir con amenazas  
y de reclamar de agravios;  
ese Baltasar que lleva  
en la sangre fulminato,  
y dinamita en los nervios,  
y centellas en los labios,...  
ó revienta como bomba  
ó estalla como petardo,  
cuando ménos lo pensemos

y cuando haga más estrago.  
Dos meses entre unas y otras  
no obstante vamos ganando,  
y la boda ya está cerca:  
una semana: si al cabo  
nos dejasen hasta entónces...  
Despues, despues ménos malo.  
(Pequeña pausa.)

Y Amparito se imagina  
que ya el peligro ha pasado!...  
Es natural: tanto tiempo!...  
Secó al fin su triste llanto,  
y de nuevo la sonrisa  
acude alegre á sus labios,  
como las aves al nido,  
que ingratas abandonaron,  
cuando el invierno sañudo  
escarchas y nieves trajo.  
Pobrecilla! me interesa:  
y por ella hasta romántico  
pienso que voy á volverme,  
á pesar de tantos años  
como llevo de ser hombre  
grave, prudente y sensato.

## ESCENA II.

PRUDENCIO, RAIMUNDO, por el foro.

RAIM. Eres tú? Siempre te encuentro.

PRUD. Si como dice tu ciencia  
vengo á ser la quinta esencia  
del egoismo, soy centro  
de toda humana pasion;  
y es justo, y es natural,  
pues eres carne mortal,  
que me tengas aficion.  
Desprendiéndose de aquí,  
sobrino, si no me ofusco,  
que no soy yo quien te busco,  
sino tú quien viene á mí.

RAIM. Bien mirado ser pudiera  
que estuvieses en lo cierto;

porque hace dias que advierto,  
que me voy á tu manera  
de llevar la humana cruz.

PRUD. Yo no me meto en honduras;  
pero el caso si lo apuras  
es claro como la luz.  
Y me asombra...

RAIM. Qué te asombra?

PRUD. Nada si te causa enojos.

RAIM. Qué saben humanos ojos  
lo que es luz, ni lo que es sombra.  
Qué dulzor tiene el deber  
para todos... desde léjos;  
pero cuán amargos dejos  
si en su copa hay que beber!  
Del monte sobre la cima  
qué luminoso parece;  
pero cómo se oscurece  
al compás que se aproxima!  
cómo miente! cómo finge!  
cómo espanta! cómo asombra!  
cómo traza entre la sombra  
los contornos de la esfinge!

PRUD. Tu obligacion...

RAIM. No sé cuál  
pueda ser, ni áun por instinto.  
Lo que resuelva es distinto.

PRUD. Y qué es ello?

RAIM. Bien ó mal,  
porque el caso no es tan llano  
como tú entenderlo sueles,  
no entregar esos papeles  
ni á Dolores ni á su hermano.  
Que soy traidor? pues traidor.  
Es ya cosa decidida:  
así me cueste la vida  
y aunque me cueste el honor.  
Era una débil mujer  
la que el destino inclemente  
me puso ántes frente á frente.  
y no cumplí mi deber!  
Si se ofrece la ocasion

luchar con el poderoso,  
esto es noble y es hermoso,  
aún no teniendo razon!  
Pero al débil abatir,  
su flaqueza anonadar,  
sin que pueda batallar,  
ni consiga resistir,  
aunque justicia se ejerza,  
toma carácter de saña,  
que la justicia se empaña  
al contacto de la fuerza.  
Y qué ha de ser siendo impía,  
si en toda su majestad  
toma visos de crueldad  
y sabor de villanía?  
Pobre Lola! yo la ví  
casi á mis plantas... lloraba...  
y al reclamar, reclamaba  
suplicando... y no cedi.  
¿Pues cómo podrán lograr,  
lo que no logró Dolores,  
amenazas y furores  
y ofensas de Baltasar?  
Sólo hay un modo de ser,  
aún más vil de lo que soy,  
otorgar al fuerte hoy  
lo que al débil negué ayer.  
Gran razon! gran silogismo!

PRUD.

RAIM.

PRUD.

RAIM.

Qué no? (Con admiracion )

Ni por asomo.

Mas yo por bueno lo tomo  
para engañarme á mí mismo.

PRUD.

Aquella voz!.. Un momento.

(Dirigiéndose al foro.)

Es Lola!.. (Volviendo apresuradamente )

RAIM.

Quizá no sea.

Es posible que la vea..,

PRUD.

Quién, Raimundo?

RAIM.

El pensamiento.

PRUD.

El pensamiento esta vez  
se ha convertido en verdad,

porque es Lola en realidad.  
Y qué pálida su tez! (Asomándose á la puerta.)

RAIM. Vete: déjame con ella.  
Corre á casa, y si su hermano  
se presenta, como es llano  
que va á buscarme querella,  
que me espere, que allá voy;  
pero que no venga aquí.

PRUD. Tienes razon.

RAIM. Pronto.

PRUD. Sí.

RAIM. Enterado?

PRUD. Ya lo estoy.

(Se dan las manos y sale Prudencio.)

### ESCENA III.

RAIMUNDO, LOLA, por el fondo.

LOLA da unos pasos vacilante, RAIMUNDO<sup>2</sup> acude á ella,  
la sostiene y la trae al primer término, haciéndola sentar.

LOLA. Gracias, Raimundo... (Con voz apagada.)

RAIM. Dolores...

Viene usted?

LOLA. Á mi pesar...

RAIM. Con objeto?...

LOLA. De evitar  
más desgracias y mayores.

RAIM. Sabe Baltasar?

LOLA. Aún no.

RAIM. Sospechará?...

LOLA. No lo sé.

RAIM. Usted, Lola?...

LOLA. Por mi fé...

nada dije. Porque yo... (Secándose los ojos.)  
á que fin?... Si este es mi sino!...

Más sangre no blanquearía  
las manchas que de la mia  
dejaron en mi camino.

(Refiriéndose á Raimundo y á Baltasar.)

- Usté implacable!... y él loco!...  
Doble crimen!.. pena doble!
- RAIM. Es usted un alma noble!
- LOLA. Que ha merecido bien poco. (Tristemente.)
- PRUD. Entónces?...
- LOLA. Vengo á decir,  
que es imposible evitar,  
que reclame Baltasar  
las cartas. Que ha de acudir  
á buscarlas, segun dice,  
aquí mismo, si en su casa  
(Refiriéndose á la de Raimundo.)  
no le encuentra; y que no pasa  
sin que su intento realice  
ni otra noche, ni otro dia,  
porque dejarse burlar  
de este modo, es ya tomar  
patente de cobardía.  
Que es contrario á su decoro  
ir dando treguas al lance:  
lo que él busca á todo trance  
es su venganza: no su oro.  
Él lo dice... yo repito  
(Observando un movimiento de Raimundo.)  
sus palabras...
- RAIM. Ya lo sé.
- DOLORES. Y bien?... que ha pensado usted? (Con ansia.)  
Hay algun medio espedito  
de evitar?...
- RAIM. Medio? Ninguno.
- LOLA. Quien sabe?... cuando yo vengo  
algun pensamiento tengo.
- RAIM. Imposible.
- DOLORES. Pues hay uno.  
Huya usted. (Á Raimundo.)
- RAIM. Que yo!... Jamás.  
Eso es pedirme mi honor.
- LOLA. Y mi padre? y mi dolor?  
Quién pone y quién pierde más?  
Yo, que pobre, triste, sola,  
no tendré paz, ni reposo?  
ó usted... que será dichoso?

- RAIM. Usted que es un ángel, Lola.
- LOLA. Pues entónces no se asombre,  
y cumpla usted su deber.
- RAIM. Lo que un ángel puede hacer,  
no lo hace jamás un hombre!
- LOLA. Hay otro medio quizás.
- RAIM. Qué conduce?
- LOLA. Al mismo fin.
- RAIM. Cuál es?
- LOLA. Que huya don Joaquín.
- RAIM. No lo aceptará jamás.
- LOLA. Que acepte si es su destino!  
(Con dureza.)  
salvo su vida, y es claro  
que salvo al padre de Amparo,  
no al miserable asesino!
- RAIM. Salvar?... su vida en rigor;  
mas su fama, de ese modo!...
- LOLA. Por él lo he perdido todo,... (Con fiereza.)  
que al ménos pierda su honor!
- RAIM. Eso no es digno de usted!...  
Perdon, Lola, si hubo ofensa, (Con dulzura.)  
Lo dice usted, no lo piensa.  
De la venganza la sed,  
y su hidrópica ansiedad,  
no llegan hasta esos labios,  
que refrescan sus agravios  
en fuentes de caridad.  
Si la salvacion que ansio,  
no encuentra su corazón,  
es porque no hay salvacion  
más que en un camino: el mio.
- DOLORES. Resistir á Baltasar?
- RAIM. Si él se empeña, qué remedio?
- DOLORES. Y ese es su medio?
- RAIM. Mi medio.  
Otro no pude encontrar.
- DOLORES. No pudo encontrarlo... Bien.  
Pero existe. No sé cuál.  
(Con creciente angustia.)  
Sé que si lo hay para el mal  
debe haberlo para el bien.

No pensaba ver á Amparo;  
pero la veré y las dos,  
si Dios quiere, y querrá Dios,  
lo hallaremos. Que no es raro  
cuando hay buena voluntad  
y rectitud de conciencia,  
ir más allá que la ciencia  
y el saber. Porque en verdad  
donde fracasa el talento  
y fracasa la razon,  
suele hallarse inspiracion  
acudiendo al sentimiento.

RAIM. Está ya todo pensado  
y siempre nos falta base.  
Si el sentimiento bastase  
¿qué no hubiera usted encontrado?

DOLORES (Con alegría como si hubiera dado con una idea.)  
Diremos á Ballasar  
que usted las cartas me dió:  
que despues las rompí yo.  
(Con arranque noble.)

RAIM. Y me vendrá á preguntar (Con triste sonrisa.)  
con ansiedad rencorosa  
el nombre! y no lo diré!...

DOLORES. Eso es verdad. No acerté.  
Pues entóncees, otra cosa.

RAIM. Me inspira usted admiracion,  
pero no me dá esperanza.  
Lo imposible no lo alcanza  
nadie... ni ese corazon!  
¿Qué artificio, qué convenio  
de pena á la culpa eximen?  
Lazos que ató bien el crimen,  
no los desata el ingénio.  
El crimen rueda lo mismo  
que por el monte un peñasco,  
y no hay quien le ponga atasco  
hasta que llega al abismo.  
Usted es ángel, pues ruegue!  
invoque divinos nombres!  
Los demas que somos hombres,  
esperemos á que llegue.



Por eso yo, que no escondo  
mi persona en un fracaso,  
convencido ya del caso,  
bajé á esperarlo hasta el fondo.

DOLORES. Pues no importa!

RAIM. Pues valor.

Alguien viene.

(Asomándose al balcon, como si hubiese oído un  
coche. En este momento pasa Pedro.)

Una visita? (Á Pedro.)

PEDRO. No tal: es la señorita  
que vuelve con el señor.

DOLORES. Voy á esperarla. (Resueltamente.)

RAIM. Si alcanza,

lo que pretende su empeño,  
habrá realizado un sueño.

DOLORES. Quién renuncia á la esperanza?  
(Salen por la derecha, segundo término.)

## ESCENA IV.

RAIMUNDO.

La esperanza! palabra misteriosa,  
divina luz, que al débil presta aliento,  
y en el naufragio de la vida humana,  
ilusion ó verdad, señala un puerto!  
si una mujer por ella se reanima  
y se empeña en luchar, yo, que me precio  
de conservar mi voluntad entera,  
de resistir al temporal deshecho,  
de llevar en mi sangre mucha vida,  
y vida, y sangre, y luz en mi cerebro,  
¿no he de luchar tambien? he de rendirme?  
pensando poder más ¿he de ser ménos?  
No será! no será! Todo problema  
puede domado ser y ser resuelto!  
Cumplir mi obligacion: dar estas cartas  
con alta faz y espíritu sereno,  
é imponer la inocencia de ese anciano,  
su razon, su honradez. al mundo entero.  
Por algo las conservo! quién me dice

que el camino mejor no es el más recto?  
(Sacando los papeles del pecho.)  
que del conflicto en el horrible potro  
la única salvacion no estriba en ellos?  
De qué sirve el querer? De qué la ciencia?  
de qué el trabajo? si en el trance adverso  
para lograr el bien, por unos cuantos  
pedazos de papel, ciencia y talento,  
amor y voluntad, el alma toda  
de Dios imágen, de su luz reflejo,  
se estrellan humillados y vencidos  
ante estos miserables signos negros!  
De delacion renglones y de encono,  
arrancad vuestras letras de sus centros,  
retorced sus contornos miserables,  
las almas esprimid de estos pigmeos,  
no digais lo que dijo el moribundo,  
que muerto es ya: decid lo que yo quiero!  
Si tantas noches como llevo en vela  
fundiendos de mis ojos con el fuego  
vuestro mezuquino ser no han transformado  
¿para qué me dió Dios el pensamiento?  
Amenaza!... emboscada!... sangre y oro!  
(Mirando los papeles.)  
siempre lo mismo!... cada vez más tercios!  
Rastro del crimen!... ay, quien te blanquea!  
Camino de la pena!... vas derecho!  
Lógica del delito!... que inflexible!  
Abismos del dolor!... oh, cuán inmensos!  
(Cae en un sillón.)

## ESCENA V.

RAIMUNDO, AMPARO por el fondo, sin que él lo note.

AMPARO. Raimundo!

(Raimundo da un grito de sorpresa, y oculta los papeles.)

RAIM. (Dominándose y volviendo cariñoso.)

Dulce ilusion!

AMPARO. Ingrato!... bien me abandonas!

Ayer sin tí!

RAIM. Me perdonas?

AMPARO. Con su cuenta y su razon!  
Con nosotros todo el día.  
Y ya ves, *nosotros* digo;  
pero yo pienso... *conmigo*.

RAIM. Sí, contigo, vida mia.  
Qué risueño tu semblante!

AMPARO. Te pesa?

RAIM. Dueño adorado!...

AMPARO. Pensé con lo que he llorado  
haber llorado bastante.  
Me quieres ménos que ayer?...  
aunque como no viniste,  
no sé lo que me quisiste,  
y es necesario volver  
al principio, muy atrás!...  
veinte y cuatro horas lo ménos!

RAIM. Ojos dulces y serenos!  
(Contemplándola con amor.)

AMPARO. Pues dilo.

RAIM. Cada vez más.  
Tanto, que temo perderte,  
al mirarte conseguida,  
y eres para mí la vida  
en el borde de la muerte.

AMPARO. Pues no es difícil la empresa.  
(Enumerando por los dedos con infantil malicia.)

Dichos: amonestacion:  
el cura: la bendicion:  
un altar y una promesa:  
y las almas y los nombres  
se funden á maravilla.  
Si es la cosa más sencilla  
que han inventado los hombres.  
Pero hay mayor confusion?  
de fijo he perdido el seso!  
si no me enseñaron eso!  
si no es humana invencion!  
si Dios la fundó y la quiso  
en un arranque amoroso,  
y en un jardín muy hermoso,

- que se llamó Paraiso!  
Es que te molesta á tí  
que hablemos de nuestras bodas?
- RAIM. Dichas, esperanzas todas,  
tened lástima de mí (Pausa.)
- AMPARO. A seguirme te resistes  
y á soñar cuando yo sueño?  
Acaso tienes empeño  
en hablar de cosas tristes?
- RAIM. Es verdad, Amparo, sí.  
Perdóname; vida mía.
- AMPARO. Si finjo tanta alegría  
sólo es, Raimundo, por tí.  
No me quieres?
- RAIM. Si te quiero!
- AMPARO. Pues si es tan grande tu amor  
no despiertas al dolor  
que tiene el sueño ligero.
- RAIM. Y si hubiese despertado?  
Si nunca hubiese dormido?
- AMPARO. Qué dices?
- RAIM. No, bien querido,  
lo pasado, está pasado.
- AMPARO. ¡Otra vez esas tenemos,  
cuando tranquilos y en calma..
- RAIM. No, mi bien! alma del alma  
de nuestras bodas hablemos.
- AMPARO. Pues volvamos á lo de ántes; (Con alegría.)  
mas con una condicion,  
que hemos de hablar en razon  
(Con seriedad cómica.)  
y de cosas importantes.  
Es tal vez que el casamiento?...
- RAIM. Ilusion, siempre lejana!...
- AMPARO. Ocho dias!... si es mañana!  
Como quien dice, al momento!  
Y despues á Italia?... Si?  
Cuenta que ya me preparo!...
- RAIM. Donde tu quieras, Amparo;  
pero muy lejos de aquí.  
Atrás queden el dolor,  
el desengaño, el tormento,

acaso el remordimiento,  
y quien sabe si el honor!  
La mentira y la verdad,  
cien torturas de cien potros!  
y á escondidás con nosotros  
huya la felicidad!  
Ver de tu rostro el rubor,  
mirar tus azules ojos,  
beber en tus labios rojos  
los deleites del amor!  
y victorioso decir,  
á cuanto he dejado atrás,  
como ya no existe más;  
ya no me importa morir!

AMPARO. Y eso que dices... ¿por quién?

RAIM. Solo por tí.

AMPARO. Ya lo entiendo,  
Lo demás no lo comprendo,  
pero me suena muy bien.

## ESCENA VI.

RAIMUNDO, AMPARO, D. JOAQUIN por la derecha,  
segundo término.

JOAQUIN. Eres feliz! Dios te asista,  
que andará muy cerca el llanto.  
Pero en fin, Amparo, en tanto  
que lo seas, egoísta  
no debes mostrarte. En pos  
van de las dichas las penas,  
y desdeñar las ajenas,  
es casi tentar á Dios.

AMPARO. No comprendo esos rigores;  
(Con cierta emoción y algun sobresalto.)  
si hay penas yo las comparto.

JOAQUIN. Pues encerrada en tu cuarto, (En voz baja.)  
está llorando Dolores.  
(Movimiento de Amparo. Pausa.)

AMPARO. Ella vuelve!... Para qué?...  
Me dijistes que no estaba (Á su padre.)  
en Barcelona!

JOAQUIN. Pensaba  
lo que dije. La busqué (Con voz sombría.)  
sin dar con ella.

AMPARO. Dios santo!  
Y yo necia que creía!..  
¡Que no hay sueño de alegría  
sin un despertar de llanto!  
Todos tan felices ya!..  
No importa... voy á buscarla. .  
procuraré consolarla...  
y de que por fin lo está,  
hasta que no me cerciore,  
no la dejo ni un momento!..  
Yo, cuando alegre me siento,  
no quiero que nadie llore.  
(Dice esto con cierta ligereza, mezclada de rímo y  
de lágrimas y dirigiéndose á la puerta del segundo  
término, por ella sale.)

## ESCENA VII.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN.

JOAQUIN. (Después de una pausa.)  
No, Raimundo, ya no más!  
De mi Amparo la alegría,  
y esa mirada sombría  
(Refiriéndose á Raimundo.)  
como no la ví jamás!  
sucesos nunca olvidados,  
tormentos nunca vencidos,  
y aquel grito en mis oídos,  
y esos dos siempre empeñados  
en amargar mi vejez...  
han domado mi valor!  
Yo he sido tu protector:  
Raimundo, sé tu mi juez.  
Tú mis disculpas acaso  
esquivando por enojo,  
y yo el darlas, por sonrojo...  
no hemos hablado... del caso...  
(Con repugnancia.)

de la muerte de aquel hombre...  
de mi crimen... que en rigor,  
ya sé que si no el mejor,  
el más propio es este nombre.  
Pero aún siéndolo, Raimundo,  
ciertos datos... interesa  
conocer; porque no pesa  
de igual manera en el mundo,  
ni ante la sana razón  
puede pesar en justicia,  
un delito con malicia,  
que un arranque de pasión.

(Pausa. Raimundo le escucha sombrío y silencioso.)

Hay una mancha en mi frente...  
pero en mi honra, no!... Te exijo  
que me escuches.

RAIM. Sí de fijo

(Con tono duro: quiere convencerse á sí mismo.)  
sé que es usted inocente.

JOAQUIN. Inocente, no. Repara  
que al fin... maté. (Bajando la voz.)

RAIM. Me es igual:  
en lucha franca y leal:  
de hombre á hombre y cara á cara.

JOAQUIN. (Oyéndole con alegría y asintiendo con afán.)  
Eso, sí: duelo á lo sumo!...  
si no defensa. Mas tú...  
lo sabes?...

RAIM. Por Belcebú!  
yo no lo sé: lo presumo.  
Porque debe ser así!  
porque es preciso que sea!  
porque el alma lo desea!  
porque lo siento yo aquí!  
(Golpeándose el pecho.)

JOAQUIN. Gracias, Raimundo!

(Apretándole las manos con efusión.)

RAIM. (Avergonzado de sí mismo.) Señor,  
mi confianza es sospechosa:  
miro en Amparo, mi esposa;  
y en usted, mi bienhechor.

- JOAQUIN. Aquella noche... te juro.  
que iba á reclamar lo mio!
- RAIM. Si lo sé: si no varío  
en mi fé: si me figuro  
la historia infame y sangrienta!  
pues á quién no se le alcanza?  
un abuso de confianza  
y una quiebra fraudulenta!  
(D. Joaquin apoya con ánsia cuanto oye.)
- JOAQUIN. Cierto! te lo iba á decir!
- RAIM. Y usted al borde de la ruina  
y preparando Medina  
la fuga!... Qué decidir?...  
La ira ciega!.. si esto es llano.  
En acecho la malicia...  
torpe y tarda la justicia...  
¡la tomó usted por su manol
- JOAQUIN. Así fué: me provocó!  
Ves á Baltasar? lo mismo  
era aquel. Con su cinismo  
y su furia... ¡me cegó!  
Saca de un arca de hierro  
un puñado de billetes!...  
de un trofeo, dos floretes!...  
despues cierra... y dice: «cierro  
»porque gusto en estas bromas  
»de estar solo; son manías.  
»Por lo tuyo no venías?  
»pues á ver como lo tomas!»  
Y era mio!... por mi fé!...  
alli mi dinero estaba!  
Con sangre lo rescataba!...  
Suya y mía!... y lo tomé? .  
(Con repugnancia y espanto.)
- RAIM. (Precipitándose para interrumpirle.)  
Mas sin darse cuenta de ello!...  
Sólo por ser los despojos  
de la lucha!... y en los ojos  
mucha sangre!... y el cabello  
empapado en sudor frio!...  
á ciegas!... casi demente!  
diciendo instintivamente:



«una parte de lo mio!»

(D. Joaquin le sigue con interés supremo, apoyando cuanto dice.)

JOAQUIN. Todo lo sabes!

RAIM. Pues son  
prodigios de quien me inspira.  
(Golpeándose el pecho.)

JOAQUIN. Una parte!... Porque mira,  
(Al fin y al cabo D. Joaquin es hombre de negocios y no puede olvidar la pérdida.)  
aún perdí más de un millon!  
Y era acreedor preferente  
para el caso de un concurso.

RAIM. Está claro... ¿qué recurso?

JOAQUIN. Luego me crees?...

RAIM. Inocente.

JOAQUIN. Eso arroja la consulta (Con ánsia y esperanza.)  
de las pruebas ¿no es verdad?

RAIM. No las nombre, por piedad!

JOAQUIN. Pues en ellas qué resulta?

RAIM. Instintos de humano lobo  
(En voz muy baja y con terror.)  
á la rapiña resuelto!  
oro con sangre revuelto!  
asesinato por robo!

JOAQUIN. Y ante un tribunal en juicio,  
(Lo mismo y mirando á todas partes.)  
segun eso ¿qué aventuro?

RAIM. La deshonra de seguro,  
y quien sabe si el suplicio.

JOAQUIN. No probamos mi honradez?

RAIM. Los dos sólos, ya lo creo!  
Cuando usted, padre, es el reo;  
y cuando yo soy el juez.

JOAQUIN. Qué estás diciendo?

RAIM. No más  
que lo que me digo á mí.

JOAQUIN. Sin embargo... yo creí...  
yo esperé...

RAIM. Pues yo, jamás.

(Pausa. D. Joaquin abatido. Raimundo hosco.)

JOAQUIN. Al principio... tú me viste...

á pesar de mi tristeza...  
no mostré indigna flaqueza:  
¿no es verdad? ni en mí pudiste  
hallar el menor indicio  
de humillacion. Me sentía,  
si Dolores lo exigía,  
preparado al sacrificio.  
Te dejé tu libertad!  
me resigné con mi pena!  
á toda dicha terrena  
renunció mi voluntad! .  
Era una noche!... Dios mio!...  
Quise morir!... Ya demente  
cogí un arma y en la frente  
sentí un anillo muy friol  
Sellaba mi destruccion  
crispadas y febril la manol...  
Dulces notas de un piano  
llegaron desde el salon!...  
Es Amparo que me advierte  
que la olvido en mi agonía! ..  
y pensé, pobre hija mia!  
y cayó mi brazo inerte!  
Pero, Raimundo... despues  
de tanto tiempo, he creído  
en el perdón y el olvido,  
y en la dicha de los tres!...  
Y acostumbrarme no puedo  
á otro rigor de la suerte.  
Ántes... todo... hasta la muerte...  
hoy de todo tengo miedo.  
La desgracia de esta vez  
me ha cogido el corazon  
por sorpresa y á traicion,  
de repente y con doblez.  
Como su curso no tuerzas  
ruedo al abismo profundo,  
porque á mis años, Raimundo,  
pronto se agotan las fuerzas.

BAM.

Le salvaré del rigor  
de la suerte: se lo fio.

JOAQUIN. Aun á costá? .

RAIM. Padre mio,  
aun á costa de mi honor!

JOAQUIN. (Cogiéndole las manos con efusion.)  
Con qué palabras no sé  
expresarte!... Ya la calma  
me devuelves... Y en el alma  
cuánta gratitud!... Seré  
más que padre!... Yo me entiendo...  
(Con sonrisa cariñosa.)  
Y Amparo... si ella supiera...

RAIM. No me hable de esa manera  
(Soltándose de D. Joaquin y separándose de él.)  
que parece que me vendo!  
(Pausa: D. Joaquin queda aterrado.)  
Lo que usted debe afirmar  
es que mató por pasion,  
y á su modo con razon,  
al padre de Baltasar.  
Y estimular mi egoismo  
con astucia y paso á paso,  
para que yo en todo caso  
pueda engañarme á mí mismo.  
¡Aliente mi fé por Dios!...  
El medio ya se lo dí.  
Si llego á dudar de mí,  
nos perderemos los dos!

JOAQUIN. Basta ya! si algun resquicio  
(Con altivez y retrocediendo.)  
la duda halló en tu virtud,  
ni quiero tu gratitud,  
ni quiero tu sacrificio!

RAIM. Eso! así! cualquier reparo  
es ya torpe y es ya ruin!  
Todo, todo, don Joaquin,  
por usted y por Amparo.

JOAQUIN. Y las cartas?...

RAIM. Aún las tengo.

(Medio sacándolas del bolsillo de la levita, pero dejándolas en él.)

JOAQUIN. Y ese hombre?

RAIM. No las tendrá.

JOAQUIN. Si las destruyeses...

(D. Joaquin se acerca con ánsia.)

RAIM. Ya  
lo he pensado, y me detengo.

JOAQUIN. Por qué?

RAIM. Porque el destruirlas  
es una vileza, padre.

No hay nombre que más le cuadre.

BALT. Los veré.

(Desde dentro con energía y como disputando con los criados.)

RAIM. Viene á pedir las.

JOAQUIN. Pero él ignora que yo?...

(Con angustia á Raimundo.)

RAIM. Dolores nada le dijo.

BALT. Yo daré con su escondrijo.

(Entiando con ímpetu: el criado le sigue.)

Ves cómo está? (Al criado señalando á Raimundo.)

JOAQUIN. Vete. (Al criado: éste sale.)

## ESCENA VIII.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN, BALTASAR.

JOAQUIN. No:

(Aparte, con un movimiento para alejarse.)  
me repugna su presencia,  
me espanta su parecido!

BALT. (Mirando con recelo á D. Joaquin durante toda la escena.)

Don Joaquin, perdon le pido,  
pero importa su asistencia;  
necesito su consejo  
y le ruego que se quede.

JOAQUIN. Si de algo servirle puede  
mi persona, es vicio viejo  
en don Joaquin de Barrieta  
no negar su proteccion  
á nadie.

(Habla sin mirarle.)

BALT. Buena ocasion  
de prestármela completa.

JOAQUIN. Para qué?

- BALT. Para probar  
á cierto ilustre letrado  
*que un depósito es sagrado*  
(Con ironía, señalando á Raimundo.)  
*y no se puede negar.*
- JOAQUIN. Lo duda álguien?
- BALT. Cierto.
- JOAQUIN. (Sin poder contenerse.) Pues  
si ninguno lo dudase,  
por Cristo, que se evitase  
algo que duele despues.
- BALT. (Despues de observar á D. Joaquin, dirigiéndose  
á Raimundo.)  
Ya conoce su opinion.
- RAIM. Para mí de gran prestigio, (Friamente.)  
pero que en este litigio  
carece de aplicacion.
- BALT. (Con dureza y con imperio.)  
Yo le aseguro á mi vez,  
que esa opinion es la mia.
- RAIM. De fijo la seguiría  
siendo mi padre ó mi juez.
- BALT. Pues aunque mucho le pese,  
y lo encuentre extraordinario,  
que la siga es necesario,  
lo mismo que si lo fuese.
- RAIM. Toda opinion mala ó buena  
que yo siga, en puridad,  
la escoge mi voluntad,  
no la voluntad ajena.
- BALT. De mi paciencia ya voy (Sin poder dominarse.  
á traspasar los dinteles.  
Sin ambajes: los papeles.
- RAIM. Sin ambajes: no los doy.
- BALT. De su altivez á despecho!...  
(Acercándose amenazador á Raimundo.)
- RAIM. Baltasar!... (Haciendo lo mismo.)
- JOAQUIN. Calma y prudencia.  
(Interponiéndose. Ap. á Raimundo, separándole )
- RAIM. (Ap.) Es verdad... porque en conciencia  
él defiende su derecho.  
(Pausa. Los tres se observan: toda la escena queda

encomendada á los actores. Raimundo pasa á colocarse entre D. Joaquin y Baltasar.)

Me duele su obstinacion,

(Cambiando de tono y con excesiva cortesia.)

aunque entiendo á mi pesar

su extrañeza, Baltasar,

su empeño y su situacion.

Con lealtad!... con toda el alma!...

(Con arranque noble.)

y aparte frases confusas...

le presento mis excusas

y hablemos en paz y en calma.

BALT. (Moderando el tono, pero con ménos expansion: siempre está en guardia y sospecha celadas.)

Me complace su actitud,

y nada mejor quisiera,

sino que al fin le debiera

por su apoyo, gratitud.

RAIM. Pues á solas, sin testigos,

y olvidando lo que fué,

con entera buena fé

departamos como amigos.

(Se sientan los dos en el sofá: D. Joaquin en el sillón del otro lado. Pausa.)

El criterio diferente (Con tono tranquilo,)

que en nosotros estoy viendo,

consiste segun entiendo,

y lo diré francamente,

sin que le parezca audacia

ni mis frases le lastimen,

en que usted tomó por crimen,

lo que fué solo desgracia.

BALT. Fué el matador?...

RAIM. Criminal...

BALT. Conformes.

RAIM. Por mala suerte.

BALT. De qué modo?

RAIM. Si dió muerte.

dió muerte en lucha leal.

BALT. Es curiosa la invencion!

JOAQUIN. Dos millones entregados!...

(Baltasar le observa atentamente.)

RAIM. Y por su padre negados...  
(Raimundo distrae la atención de Baltasar.)

JOAQUIN. Sin razón. (Sin poder dominarse.)

RAIM. Ó con razón:

(Interviniendo nuevamente.)

poco importa. Que se obstina...

que se niega... que se aplaza:

el insulto... la amenaza...

por fin la crisis... la ruina...

La del uno, recia y fuerte...

la del otro, no completa:

una entrevista secreta...

y delirio, y sangre, y muerte!

Quién el culpable?... No sé:

es posible que ninguno.

Quién el asesino?... Hay uno;

pero no como usted cree.

(Baltasar ha oído todo el relato con sonrisa burlesca, más aún, sarcástica.)

BALT. Puede contar esa historia,  
que me parece estupenda,  
á quien ame la leyenda,  
y á quien no tenga memoria.

Y la hallará peregrina,

y la aplaudirá de fijo...

más no se la cuente al hijo

de don Gabriel de Medina.

Si ante el asesino el cuello

servil humilla la gente,

porque es rico y es potente,

será que ganan con ello.

(Movimiento de Raimundo.)

Ni tan necio!... ni tan bobo!...

Las riquezas no redimen;

y el crimen se llama crimen,

y el robo se llama robo!

JOAQUIN. Era honrado el matador!

(Levantándose con ímpetu.)

RAIM. Cumplió acaso su deber! (Lo mismo.)

BALT. Muy su amigo debe ser, (Lo mismo.)

quien por él con tal calor,

aboga en causa tan ruin!

- Sus afectos no disfrace! (Á Raimundo.)
- RAIM. Soy su amigo! (Con arranque.)
- BALT. Que me place!  
Y usted tambien, don Joaquin?
- JOAQUIN. Debo serlo por lo visto, (Sombrio y triste.)  
toda vez que le desiendo.
- BALT. Ya nos vamos entendiendo:  
acabarán, vive Cristo!  
(Pausa. Los tres en pié, agitados, nerviosos, amenazadores.)  
Terminen, pues, mis porfias,  
que malamente las fundo.  
Cada cual tiene en el mundo  
amistades, simpatias,  
lazos, afectos y amores:  
con esto nada hay perdido.  
Pero ya habrán comprendido,  
que es imposible, señores,  
sin inferir á mi honor  
un inmerecido ultraje,  
ni darme usted hospedaje.  
(Á D. Joaquin, ind cando que se retira.)  
ni usted ser mi defensor. (Á Raimundo.)  
Ahí tienen con claridad  
lo que Baltasar resuelve.  
Mis cartas me las devuelve (Á Raimundo.)  
y todos en libertad.  
Cada cual con su razon,  
sin enojo y sin ofensa:  
ustedes á la defensa,  
Medina á la acusacion. (Golpeándose el pecho.)  
Esas cartas. (Con imperio.)
- RAIM. Imposible.
- BALT. Me pertenecen! (Aproximándose.)
- RAIM. Se engaña.
- BALT. Vive Dios que ya su hazaña  
(Acercándose mas.)  
va rayando en lo increíble.  
Si parece desatino!  
si lo dudo y lo estoy viendo!  
si el encubridor va siendo  
aun más vil que el asesino!



(Cogiéndole por un brazo. Raimundo le mira con asombro y al pronto no resiste.)

RAIM. Mire, que aunque no le cuadre,  
ya siento mi sangre arder!...  
Y pudiera usted tener  
el mismo fin que su padre!

(Cogiéndolo á su vez con ira. D. Joaquin se precipita entre ambos y los separa.)

JOAQUIN. Eso no! No digas esc!... (Á Raimundo.)  
Gabriel... Gabriel!... desdichado!...

RAIM. Por Dios, padre!...

(Se lo lleva á un extremo. D. Joaquin huye la mirada de Baltasar.)

BALT. Qué le ha dado?

Qué lleva en su rostro impreso?

(Ap. observándole con estupor. La sospecha crece en su ánimo y casi es certidumbre.)

RAIM. Téngase por prevenido.

(Procurando distraer la atención de Baltasar. Este á la derecha. Raimundo y D. Joaquin formando un grupo á la izquierda.)

BALT. (Ya sobre la pista, sin dejar de observar á don Joaquin.)

En todo caso, Raimundo,  
ni tengo apego á este mundo,  
ni ya me doy por vencido.

Más vamos á lo que importa,  
aunque es la materia ingrata;  
¿este nudo se desata,

ó se deshace, ó se corta?

Por qué, señor don Joaquin,  
no interpone su influencia?  
que yo le digo en conciencia,  
que en este enredijo ruin,  
cada vez entiendo ménos  
sus ansias y sus afanes,  
y sus complicados planes  
sobre negocios ajenos.

(Acercándose lentamente. D. Joaquin huye por instinto y se abraza á Raimundo. Baltasar sigue dirigiéndose á su encuentro. Esto queda encomendado á los actores.)

À veces usted me mira  
como amigo, y otras veces  
su faz entre palideces  
relampaguea con ira.

Al escuchar su amenaza

(Señalando á Raimundo.)

usted tomó mi defensa.

(Después con ironía y expresión reconcentrada.)

Pues vaya la recompensa!

¡Por qué los brazos no enlaza,

en ellos dándome abrigo,

y hasta quién sabe si gozo,

con los brazos de este mozo,

que es el hijo de su amigo!

RAIM. (Valor!) (Ap. á D. Joaquín.)

JOAQUÍN. (Ap. á Raimundo.) (Raimundo, si es él!)

BALT. Qué le asombra en este paso?

Es el parecido acaso

(Con profundo acento y acerada ironía.)

con mi padre?

JOAQUÍN. (Extendiendo el brazo.) Sí, Gabriel!

BALT. Una tan gran emoción

supone...

RAIM. Basta!...

BALT. Raimundo,

no me distraiga!... Un profundo

(Continuando y acercándose más.)

secreto en el corazón!

He acertado de esta vez?

(Con acento terrible. D. Joaquín retrocede y se cubre el rostro con las manos.)

Sí... los viles se descubren!

Esas dos manos qué cubren,

miedo, espanto ó palidez?

(Separándose las de pronto.)

JOAQUÍN. (Mostrando la faz é irguiéndose con fiereza.)

Palidez!... puede que sí.

Remordimiento!... quizás.

Miedo, ni espanto!... jamás.

BALT. Luego tú fuiste?

JOAQUÍN. Yo fui.

(Baltasar hace un movimiento para arrojarle so-

bre D. Joaquin. Raimundo se interpone. Pausa: la escena queda encomendada al talento de los actores.)

BALT. ¡Cielo, de golpe desplomas  
sobre mí tus alegrías!  
(Este es el momento en que pretende arrojarse sobre D. Joaquin.)

RAIM. Por tus cartas no venías?  
Pues á ver cómo las tomas.  
(Dice esto poniéndose ante D. Joaquin y pretendiendo llamar sobre sí el furor de Baltasar.)

BALT. (Á Raimundo.) Ya no he menester tus cartas,  
ya puedes unirme á Amparo.  
¡Goza, goza sin reparo  
del oro que á manos hartas  
te ha valido tu traicion!...  
Tienes lo que te interesa!...  
Pero yo tengo mi presa!...  
(Señalando á D. Joaquin.)

RAIM. (Á Baltasar.) Antes yo tu corazon!

BALT. Allá fuera hay un armero...  
hierros... abajo el jardin!...

JOAQUIN. Aquí sangre!... (Golpeándose el pecho.)

BALT. Pues al fin  
está todo!... (Haciendo un movimiento para salir.)

RAIM. Yo el primero.

BALT. (Señalando á D. Joaquin.)  
Me urge cobrar lo que es mio.

RAIM. Te urge escapar de mis manos!  
Eso buscan los villanos:  
mucha edad y pocos bríos!  
(Señalando al anciano.)

BALT. Pues los dos! (Dirigiéndose al foro.)

RAIM. Á comenzar  
por mí.

JOAQUIN. (Deteniéndole.) Por mí.

BALT. Por cualquiera.

JOAQUIN. Es preciso que yo muera!...

RAIM. Está por averiguar  
de este drama el desenlace.

BALT. No me escatimen los goces  
que me aguardan!

- RAIM. Ménos voces,  
(Bajando la *suya* y mirando hácia la puerta.)  
si no es que le satisface  
encontrar algun estorbo  
como áncora de salud.  
(Todo lo que sigue con voz reconcentrada y rápida  
temiendo que les oigan y observando.)
- BALT. Bien lo dice mi actitud.  
(Adelántandose.)
- RAIM. Una cosa es mirar torvo  
y otra presentar el pecho.
- BALT. Vamos!...
- RAIM. Vamos!...
- JOAQUIN. Quien será?  
(Mirando á la segunda puerta de la derecha.)
- RAIM. Es Amparo!
- JOAQUIN. Viene ya! (Queriendo seguir á Baltasar.)
- RAIM. Es mi vez! (Deteniéndolo.)
- JOAQUIN. Es mi derecho!  
(Conteniendo á Raimundo y siempre en voz baja.)
- RAIM. Por ella! (Rogándole y deteniéndolo.)
- BALT. Encontramos vado?  
(Desde el fondo en voz baja al verlos luchar.)
- JOAQUIN. Por mi!
- RAIM. (Á D. Joaquin.) Que espera aquel hombre!
- BALT. Por mi padre y por su nombre,  
que ya espero demasiado!

## ESCENA IX.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN, BALTASAR, AMPARO,  
por la derecha segundo término.

- RAIM. Amparo!
- JOAQUIN. Amparo!
- AMPARO. Qué esesto?
- BALT. Que buscan una salida!  
(Ya todos en voz alta.)
- RAIM. Que quiere perder la vida!  
(Señalando á D. Joaquin.)
- JOAQUIN. Que quiere tomar mi puesto!  
(Señalando á Raimundo.)

RAIM. (Á Amparo.) Si su existencia adorada  
te interesa, en fuertes lazos  
ciñe á su cuello tus brazos  
y no le sueltes por nada!

AMPARO. Perderte!

(Á su padre, colgándose á su cuello y sujetándole.)

JOAQUIN. Suelta, por Dios!

AMPARO. (Luchando con él.) No. padre!... Cielo divino!...

RAIM. (Á Baltasar.) Tenemos franco el camino!...

BALT. Ahora!...

RAIM. Sí... nosotros dos!

(Salen por el fondo y cierran la puerta.)

## ESCENA X.

AMPARO, D. JOAQUIN.

AMPARO. Padre!... padre!...

JOAQUIN. Déjame!...

AMPARO. Nunca!

JOAQUIN. Suelta!

(Desprendiéndose de ella y corriendo á la puerta.)

AMPARO. (Al ver que han salido.) Á donde van?

JOAQUIN. Cerrada!... Se matarán!

AMPARO. Mi Raimundo!... No!... Por qué?

JOAQUIN. Ya lo sabes... porque yo!...

AMPARO. Pues ven!... á salvarle corro!...

aquí, Dolores!... socorro!...

JOAQUIN. Llama á todos!... á ella no!

AMPARO. Pues salvarle necesito!...

BALT. Lola!... (Desde dentro.)

JOAQUIN. Me hiela el espanto!...

(Se abraza á su hija. Pausa. Los dos apliean el oído.)

AMPARO. Que ha sucedido, Dios santo?

JOAQUIN. Que te lo diga ese grito!

AMPARO. Estas helado!

JOAQUIN. Estas yerta.

AMPARO. Alguien llora en el jardín.

JOAQUIN. Es Dolores...

AMPARO. Ah! por fin

abren la puerta.

JOAQUIN. La puerta!...

:

## ESCENA XI.

AMPARO, D. JOAQUIN, RAIMUNDO, despues  
BALTASAR y DOLORES.

Raimundo entra por el fondo, lívido, desencajado y como  
huyendo: se precipita al grupo de D. Joaquin y Amparo.  
Los tres quedan á la derecha estrechamente unidos.

AMPARO. Herido? (Abrazándole.)

RAIM. Solo un rasguño.

Busqué la muerte y en vano!  
No mires, niña, mi mano  
que viene roja hasta el puño.

(En la puerta del fondo aparece Baltasar sostenido  
por Dolores: ambos se detienen.)

AMPARO. Dolores!

RAIM. Baltasar!

JOAQUIN. Él!....

RAIM. Empeñado en perseguirme!

(En voz baja á D. Joaquin.)

Es testarudo y es firme!

JOAQUIN. Sí: lo mismo que Gabriel!

(En voz baja á Raimundo.)

BALT. Aquellos dos... ¿los ves?

DOLORES. Sí.

BALT. Compadre para compadre!

El viejo mató á mi padre!...

El jóven me ha muerto á mí!

Ven!... sostenme!... de mí cuida!...

(Á su hermana yendo hácia Raimundo: á medida  
que se acercan, D. Joaquin retrocede con Ampa-  
ro hácia la puerta de la derecha, primer término.  
Raimundo va quedando aislado..)

DOLORES. Pero á dónde?

BALT. Á reclamar

lo que es mio.

DOLORES. Baltasar!...

BALT. Aun me queda mucha vida! (Avanzan más.)

DOLORES. Hermano! por Dios!

BALT. Que no!

DOLORES. Esta sangre!...

BALT. Quita y calla!

(Rechazándola: queda solo.)

RAIM. Porque no existe una valla  
entre vosotros y yo,  
de jaspe, bronce ó granito!  
de algun material eterno!  
arrancando del infierno  
y subiendo á lo infinito!

BALT. Pues no existió para mí  
(Llegando á tocar á Raimundo.)  
que llegué!... Y á más, sería  
inútil!... La pasaría!

Tienes mis papeles? (Cogiéndole por un brazo.)

RAIM. Sí.

BALT. Dónde?

RAIM. Sobre el corazon!

(Baltasar apoya sus manos sobre el pecho de Raimundo y busca torpemente. D. Joaquin á pequeña distancia observando con ansiedad, y casi en la puerta de la derecha. Raimundo inmóvil: Amparo viene á un lado: de modo que Raimundo se halla entre Baltasar y Amparo.)

AMPARO. Resiste! (En voz alta.)

RAIM. Yo bien quisiera!...  
pero, ay Dios!... de qué manera?

AMPARO. Y tus brazos?

RAIM. No es razon!

Venciendo su noble brío  
llegó mi espada á su pecho:  
con qué justicia ó derecho

(Abre los brazos y se presenta indefenso.)

le impido que llegue al mio?

(Expresando en toda la escena horror al contacto de Baltasar.)

DOLORES. Baltasar!

(Procurando contener á su hermano.)

BALT. Estos!...

(Arrancándole á Raimundo las cartas y con expresion terrible de triunfo.)

JOAQUIN. (Ap.) Valor!

BALT. No hay piedad! (Amenazando.)

AMPARO. (Cubriéndose el rostro.) No hay esperanza!

JOAQUIN. Cuando sacies tu venganza  
piensa en ella y en su honor!

(En voz alta, dirigiéndose á Baltasar y señalando á Amparo. Sale por la derecha resueltamente, cerrando la puerta.)

## ESCENA XII.

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO, BALTASAR.

Baltasar y Dolores se dirigen á la izquierda: Baltasar se apoya en la mesa, su hermana le sostiene. En primer término queda Raimundo; Amparo se precipita hácia él.

AMPARO. No te perdono!... no creas!  
Ni aún en la hora de la muerte!...

(Al oído incitándole.)

Ellos débiles!... tú fuerte!...

RAIM. Eso nunca!

AMPARO. (Siempre al oído.) Si deseas  
verme loca... palpitante...  
en tus brazos... ser tu esposa...

RAIM. Ven... roguemos...

AMPARO. Linda cosa!...  
ya hemos rogado bastante!  
Otro medio!

RAIM. Me estremeces!  
(Suena un tiro. Pequeña pausa.)

DOLORES. Será?...

BALT. Mi venganza al fin!

AMPARO. Déjamel!...  
(Luchando con Raimundo que la sujeta.)

RAIM. No!...  
(Amparo se desprende de Raimundo, corre á la puerta y la abre.)

RAIM. Don Joaquin!

AMPARO. Por tí!... maldito mil veces! (Cae desplomada.)  
(Amparo en tierra: junto á ella, en pié, Raimundo: Dolores y Baltasar siempre á la izquierda.)

RAIM. ¿Estais contentos?

BALT. Cumplió



su deber. Ya no porfio.  
De este modo cumplo el mio.

(Rompe las cartas y arroja los pedazos.)

RAIM. Mal y tarde: como yo!

Muerte! (Señalando hácia dentro.)

Llanto! (Llevándose las manos á los ojos.)

(Señalando á Amparo.) Triste sueño!

Don Joaquin!... que sólo es tierra!

Su despertar!... que me aterra!

(Refiriéndose á Amparo.)

Y vosotros... que el empeño  
conseguísteis!... contestad:

qué resta al humano sér

si por cumplir su deber

pierde su felicidad?

Cuál es la compensacion

que por la dicha perdida

encuentran en muerte ó vida

el alma y el corazon?

Responderme no sabeis?

El misterio no aclarais?

Pues conmigo aquí quedais

que respuesta me debeis!

(Acercándose á Amparo.)

Ven á mis brazos!... los dos

mezclemos llantos y penas!

Ven!... de miserias terrenas

pidamos justicia á Dios!

**FIN DEL DRAMA.**



# HISTORIA ICA Y DIPLOMATICA

Desde la independencia  
ados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR  
JERÓNIMO BECKER

que acaba de ponerse a la venta,  
amplio y fiel extracto los principales  
mina con imparcialidad la historia  
ala sus defectos y expone con minu-  
es lo referente a las relaciones exte-  
cana, siendo, por tanto, de gran inte-  
ocer de un modo exacto el aspecto  
de la cuestión cubana.  
n 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

# LOS REINOS DE LAS INDIAS

DE LAS  
RECOPILACIÓN  
POR  
TADÉ CATOLICA DEL REY CARLOS II

ción, corregida y aprobada por la  
s del Tribunal Supremo de Justicia,  
ción de la Regencia provisional del  
os en folio, 50 pesetas.

mpaña de todos los tomos publi-  
sociedad, de que se hallan la ma-  
ados 38 tomos en 4.º.—Precio, 900  
y tomos sueltos.

# FILOS ESPAÑOLES

# ESCORIAL A LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

# MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Ilustrada con 20 láminas autotípicas y seguida  
varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Neguera Camocúa

Un tomo en 8.º en cartón.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO

# DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicad-  
hasta el día, y adicionado con un considerab-  
número de voces que no se encuentran en ni-  
guno de ellos a pesar de hallarse consignadas e-  
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

# EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para  
el mejor aprovechamiento de las sobras, las re-  
glas para el servicio de una mesa y el modo de  
trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 gra-  
bados, y aumentada con 60 minutos de almuer-  
zos y comidas para todos gustos y condiciones y  
algunas fórmulas completamente nuevas.  
Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5  
pesetas.

